BOLSILIBROS BRUGUERA

Selección

TERROR

RETO A SATANAS

KELLTOM McINTIRE





SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

230 — Regreso de las tinieblas, *Ray Lester*.
231 — El Duque de la Muerte Negra, *Burton Hare*.
232 — La rebelión de los espectros, *Kelltom McIntire*.
233 — La muerte regaló cinco llaves, *Ada Coretti*.
234 — Súplicas en la cripta, *Ralph Barby*.

KELLTOM McINTIRE

RETO A SATANAS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 235
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 25.317 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto,, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

Dos viejas rezaban guturalmente en un rincón de la cocina.

El fuego se había apagado en el hogar y por la chimenea penetraba un viento gélido que agitaba las cenizas.

Luego llegaron otras cuatro mujerucas que estrecharon mi mano y pronunciaron entre dientes unas palabras ininteligibles.

Me estremecí de frío y de repugnancia: sus manos tenían un tacto viscoso y helado.

Todas aquellas mujeres habían permanecido un buen rato en la habitación posterior, en la que se encontraba el cadáver de mi tía Lorraine,

Pensé en mi apartamento calentito y confortable de Nueva York v torné a estremecerme de frío y de angustia.

Había realizado un viaje de más de dos mil millas para reunirme con aquellas mujerucas que ahora velaban el cadáver de tía Lorraine.

Ignoro por qué lo hice.

En realidad, tanto mi familia como yo habíamos perdido todo contacto con tía Lorraine desde que ella decidiera abandonar Estados Unidos para huir a Canadá en compañía de un oscuro aventurero llamado Hal Burén.

Pero mi tía debía conocer muy bien mi dirección, puesto que el médico de Kenton Mouth se había apresurado a telegrafiarme para darme la noticia de la muerte de tía Lorraine.

El avión en que me había trasladado desde Nueva York hasta Saskatoon había estado a punto de estrellarse contra las montañas como consecuencia de la tempestad de nieve que afectaba a todo el norte desde varias semanas atrás.

En Sakastoon, me vi obligada a alquilar un automóvil para trasladarme hasta Kenton Mouth, el pueble-cilio donde vivía tía Lorraine, situado a unas ciento cincuenta millas al norte.

El dueño del garaje, que acababa de alquilarme un potente «Land-Rover» dotado con anchos neumáticos todo-terreno, se apresuró a disuadirme de emprender el viaje.

—Sería una locura, doctora Rogers —me advirtió—. La tempestad de nieve está arreciando. En cualquier momento las carreteras pueden quedar cortadas y usted se vería obligada a pasar un mes o dos aislada en Kenton Mouth. Pero además...

—¿Qué?

—El invierno está resultando extremadamente crudo en estas latitudes y los lobos abandonan la montaña y bajan en manadas hasta las ciudades. Créame, no debería...

Pero yo no le hice caso.

A fin de cuentas, no había hecho el largo viaje hasta Saskatoon para volverme tranquilamente a Nueva York sin asistir al funeral por el alma de tía Lorraine.

Y así abandoné la ciudad y emprendí el camino al norte.

Los primeros cien kilómetros del trayecto fueron relativamente fáciles. Aunque nevaba copiosamente, las máquinas quitanieves de obras públicas trabajaban sin cesar en su empeño de dejar la carretera transitable y mi «Land-Rover» respondía muy bien.

Pero a partir de Crosby, las cosas empezaron a complicarse porque las máquinas no pasaban de aquel lugar.

La carretera discurría en dirección a las montañas, a través de picos de considerable elevación y de precipicios insondables que suspendían la respiración al conductor más templado.

No tardé en comprender que el dueño del garaje de Sakastoon tenía toda la razón.

Vi una manada compuesta por unos doce lobos plantados tranquilamente a menos de treinta metros de la carretera.

Eran unos animales enormes, de pelaje pardo o gris oscuro, mayores que los lobos que yo había visto en los parques zoológicos.

Noté que mis cabellos se erizaban y la sangre se detenía en mis venas, helada.

Pero el «Land-Rover» siguió rodando y los lobos permanecían, impávidos, sobre los riscos nevados... a poco más de un kilómetro de la ciudad de Crosby.

Hacia las cinco de la tarde, y después de mil peripecias —mi coche resbaló en varias ocasiones fuera de la carretera—, llegué a Kenton Mouth.

Me sentí desolada a la vista del villorrio situado en el fondo de un profundo tajo entre dos elevados farallones cubiertos de hielo.

Me pregunté si los vecinos de Kenton Mouth verían alguna vez la luz del sol.

No parecía muy posible, contemplando las escasas dos docenas de construcciones situadas en la profundidad azul.

La luz era tan escasa que yo me había visto obligada a encender los faros una hora antes.

Ahora, a la vista de Kenton Mouth, me sentí triste, deprimida y poseída de una intensa angustia.

Candice Rogers, doctora en Medicina —es decir, yo—, debía estar loca de remate para atreverse a llegar a un lugar tan lóbrego y sombrío como aquel que había elegido tía Lorraine para terminar sus días.

Yo tenía veinticuatro años, era joven y alegre, y tenía mi porvenir resuelto.

Venir hasta Kenton Mouth sólo era consecuencia de mi acendrado sentimentalismo.

Dick Jarvis, el doctor Jarvis, médico de Kenton Mouth, había especificado en su telegrama que, según sus noticias, yo era la única pariente de tía Lorraine.

Y aquello fue lo que me decidió. No podía ser tan cruel e insensible como para permitir que mi tía fuera sepultada sin la presencia de uno de sus familiares directos.

Según mis noticias, Hal Burén, el aventurero con el que mi tía había huido a Canadá muchos años atrás, hacía tiempo que había muerto... devorado por los lobos.

A pesar de mi desastroso estado de ánimo, no quedaba otra solución que seguir adelante y cumplir con aquel trámite, para poder regresar cuanto antes a Nueva York.

Descendí una pronunciada pendiente con cuidado y las ruedas de mi coche chapotearon sobre la sucia nieve a través de una de las calles de Kenton Mouth.

No había nadie a la vista y tuve que seguir adelante hasta detenerme ante la taberna de Charlie Blacks, la única existente en el pueblo.

Había una cincuentena de clientes en el establecimiento y en seguida noté sus miradas ansiosas posadas sobre mí.

No era un lugar alegre, tampoco. Los hombres bebían ron y ginebra en silencio, pero no había música ni nadie reía ni discutía.

Charlie Blacks, un hombrón de casi dos metros, barbudo, de mejillas encendidas, tuvo la amabilidad de salir del mostrador y acompañarme a la puerta

—Aquélla es la casa de Lorraine Hardin —dijo.

Señalaba hacia el final de la calle, donde se alzaba una construcción de piedra y madera, que daba la impresión de gran robustez v seguridad. Una de las mejores del mísero pueblo, en definitiva.

—¿Hardin? —pregunté, extrañada, puesto que mi tía se llamaba Rogers, como yo.

—Lorraine se casó con Frank Hardin hace poco más de cuatro meses —me explicó Charlie Blacks.

Le di las gracias y él volvió rápidamente a su trabajo.

Así que tía Lorraine se había casado...

Para mí resultaba una noticia sorprendente, puesto que si recordaba bien, mi tía debería tener algo más de sesenta años cuando le sorprendió la muerte.

Quizá su matrimonio se debiera a cuestiones de intereses, al fin y al cabo.

Que yo supiera, mi tía carecía de bienes. Tal vez aquel matrimonio se debiera a su lógico deseo de asegurarse un cierto bienestar durante los últimos años de su vida.

Volví al coche y conduje despacio hacia el caserón del final de la calle, detrás del cual se erguían los gigantescos troncos de los pinos.

Bajé del coche, subí unos peldaños de piedra y golpeé en la puerta.

Alguien había dibujado unos extraños signos con pintura negra sobre los muros.

Estaba tratando de interpretarlos, cuando la gruesa puerta se abrió con un chirrido desagradable.

Una mujer de edad indefinible me observó en silencio.

Estaba enlutada de los píes a la cabeza, que cubría con un pañuelo de seda negro, y su rostro aparecía como una mancha blanca entre tanta negrura.

—Soy Candy Rogers —dije.

—Bien venida, doctora Rogers —dijo con acento fúnebre—. Yo soy Adela Hardin, cuñada de su pobre tía.

Me cedió el paso.

Percibí un aroma indefinible en el ambiente, algo repugnante y sutil, que hizo más intensa mi angustia.

La puerta se cerró a mi espalda, y Adela Hardin me examinó a la luz de una lámpara amarillenta con una mirada insistente y penetrante.

—¿Quiere... verla? —preguntó, al fin.

Tragué saliva. Porque imaginaba que se refería al cadáver de mi tía.

No soy demasiado impresionable respecto a esto, pues evidentemente una doctora se ve obligada demasiado a menudo, por su profesión, a contemplar y examinar cadáveres.

Sólo que en este caso se trataba de mi tía Lorraine.

—Aguarde un momento, por favor —supliqué, intentando tomarme un respiro—. ¿Cuál fue la causa... de su muerte?

Adela se santiguó rápidamente y cruzó el pulgar y el índice de la mano izquierda.

—¡Dios nos proteja! —exclamó, estremeciéndose. Y añadió—: A Lorraine la mató ese monstruo: Moloch.

—¿Moloch? —Pregunté, sobre ascuas—. ¿Quién es?

—Su aspecto exterior es el de un lobo, pero todos estamos seguros de que Satanás guía sus pasos y elige a sus víctimas —respondió.

CAPITULO II

De todas formas, examiné el cadáver.

El cuerpo de tía Lorraine descansaba en el salón principal de la enorme casona, rodeada por cuatro cirios y envuelta en una mortaja negra.

Lo primero que me impresionó fue ver sus ojos tapados por dos monedas de plata.

Miré a Adela con reproche, porque yo sabía que aquello no era sino un signo de superstición.

La mortaja cubría el cadáver hasta los labios... porque el cuello de mi tía estaba horriblemente destrozado a dentelladas.

Traté de imponerme a mi angustia y observé con interés las tremendas heridas que habían roto el cuello de mi tía.

No cabía duda: los profundos desgarros revelaban las huellas de unos colmillos descomunales, monstruosos.

Tapé piadosamente la espantosa carnicería y sentí rodar las lágrimas por mis mejillas.

Tía Lorraine había sido, tiempo atrás, una mujer excesivamente apasionada e impetuosa, pero no tanto como para merecer una muerte tan espantosa.

En presencia de Adela Hardin, me incliné sobre el cadáver y tomé las manos ateridas de mi tía, como postrer homenaje afectivo.

Entre los dedos de su mano derecha había unos pelos, cerdas más bien, hirsutas, fuertes, de color pardo muy claro.

Era evidente que correspondían al animal que la había atacado.

Tía Lorraine debió agarrarse desesperadamente al cuello del animal que buscaba su cuello para hincar sus largos colmillos y entre sus dedos habían quedado algunos de aquellos crespos pelos.

—¿Dónde encontraron su cadáver? —pregunté. Y me volví a mirar a Adela.

—Detrás. Tenemos una leñera, una gran pila de leña para alimentar el hogar. Allí encontramos su cadáver —respondió, inexpresiva.

—¿Quiere decir que los lobos llegan hasta el pueblo?

Me miró como si yo fuese un extraterrestre llegado de algún extraño y distante planeta.

—Sí. Hace tres días, una manada de lobos mató el caballo de Ken Artish y de paso devoraron a un niño de tres años, el hijo de Arthur y Olivia Brandon —respondió Adela—. Sus padres sólo encontraron su trenca de nylon y la hebilla de su cinturón. Los lobos se comieron hasta el cuero de las botas.

El terror comenzó a infiltrarse en mí como un soplo sutil y helado.

—Pero... ¿Es que no hacen ustedes nada para defenderse? Supongo que los hombres dispondrán de rifles... De armas con las que dar una batida y acabar con esas bestias —dije

Una pizca de burla pareció animar la expresión de Adela Hardin.

—Usted no es de aquí, doctora Rogers, y no podría comprendernos —pronunció.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando aparece Moloch, los hombres corren a sus casas y se encierran en ellas a cal y canto. Todos cierran entonces sus puertas y corren los cerrojos y disponen las trancas, ¡Moloch provoca el espanto!

Suspiré hondo.

En comparación con la distante y rutilante Nueva York, Kenton Mouth parecía un mundo de ciencia ficción.

Personas devoradas por lobos... Cadáveres rodeados de signos supersticiosos, personas tan influenciadas por el pánico que se confesaban incapaces de abatir a un peligroso lobo carnicero.

Pero ¿qué era aquel Moloch, en realidad, sino una bestia?

Adela me había tomado por una mano y me sacaba de la habitación fúnebre.

—¿Adonde me lleva? —pregunté, un tanto alarmada.

—Quiero que vea una cosa —dijo por toda respuesta.

Me llevó hasta la gruesa puerta de pino que daba entrada a la casa.

Señaló los bajos de las dos fuertes hojas, protegidas por planchas de cobre.

—¿Lo ve? —inquirió.

Vi, lo confieso, unas huellas o marcas muy profundas sobre el metal.

—¿Qué es eso? —quise saber.

—Las marcas de los colmillos de Moloch —respondió Adela—. Los bajos de todas las puertas de Kenton Mouth están igualmente protegidas por gruesas bandas metálicas,

—¿Por qué? —pregunté, aterrada.

—Cuando el lobo llega a nuestras puertas, su fino olfato es capaz de detectar la presencia de las personas que se guarecen en la casa y sus colmillos serían capaces de destrozar la madera si no fuera por esta protección.

Me pregunté qué podían hacer los colmillos de un lobo contra las espesas planchas de cobre.

Pero no era necesario preguntar. La respuesta estaba a la vista: los colmillos habían dejado profundos surcos sobre el cobre.

Adela me miró fijamente.

—No se atreva a salir a la calle —advirtió solemnemente— tras escuchar el primer aullido. Ello quiere decir que Moloch ronda cerca y con él, Satanás.

Mi primera intención fue reírme de todo lo que estaba escuchando. En mi opinión, bastaría con uno o varios hombres decididos bien armados, que se apostasen en lugares convenientes a la espera de aquel fabuloso lobo.

¿Qué podría hacer un lobo cuando cuatro o cinco balazos de ardiente plomo blindado perforasen su cuerpo?

Desde luego, no se me ocurrió reírme. Bastaba tener enfrente a Adela Hardin para reprimir cualquier sonrisa.

—Procuraré estar prevenida —afirmé. Y en verdad estaba decidida a permanecer sobre aviso, después de las noticias que acababa de escuchar.

Adela me invitó a tomar café, pero yo no sentía mi estómago demasiado bien y decliné la invitación.

Luego me preguntó si había traído equipaje y me acompañó hasta la calle con un farol en la mano.

Miraba continuamente hacia el próximo bosque de pinos y abetos, y parecía muy nerviosa.

Tomé mi pequeña maleta del interior del «Land-Rover» y volvimos, medrosas, a la casa.

Adela me explicó que el entierro se había aplazado hasta el día siguiente, esperando mi llegada, aunque tía Lorraine llevaba ya dos días muerta.

Finalmente hice la pregunta que pugnaba por salir de mis labios.

—¿Y Frank...? Me han dicho que su hermano se casó con tía Lorraine hace unos cuatro meses —dije.

—Así es —afirmó Adela, cruzados los brazos bajo el pecho—. Frank está deshecho. El estaba en la mina cuando encontramos el cuerpo muerto de Lorraine. Se desesperó al ver su cadáver, tuvo un terrible ataque de nervios. Luego... Me avergüenza decirlo, pero Frank comenzó a beber y a beber... Ahora está arriba, en su dormitorio, totalmente embrutecido por el alcohol.

Me imaginé a un curtido minero de sesenta o setenta años, derrumbado en su lecho, con la mirada extraviada y la botella colgada de una desmadejada mano.

Entonces llegaron algunas mujerucas que hablaban francés y vestían toscas toquillas de lana negra.

Adela se disculpó y las guió hasta el salón mortuorio.

Yo esperé en el largo pasillo, al pie de la escalera, preguntándome continuamente por qué había llegado a aquel lugar horrible.

Luego Adela volvió junto a mí y me preguntó si no me gustaría estar en la amplia cocina, donde ardía un buen fuego.

Dije que sí y ella me guió por un pasillo tenebroso, transversal, hasta la gran habitación llamada cocina.

La pieza mediría unos doce metros de longitud por ocho de anchura.

Al fondo se encontraba el ancho hogar, donde ardía una alegre lumbre de raíces.

A la izquierda se veía una gran alacena, y a la derecha una larga mesa de macizos tablones de pino sin desbastar. Completaban el rústico mobiliario algunas sillas de parecida traza y dos largos bancos adosados a uno y otro muro.

Junto al fuego, acomodadas sobre rústicos banquillos, se encontraban dos de las enlutadas ancianas.

Había una regular pila de tochos de raíces a la izquierda del bar, y más allá, al borde de la chimenea, una puerta ancha y baja, reforzada con planchas de hierro en los bajos.

—Es la que comunica con la leñera —me informó Adela.

Tuvo que irse en seguida, porque, al parecer, llegaban nuevas visitas que pasarían la noche en la casa para asistir al velatorio.

Cuando Adela salió me acerqué al hogar para calentarme y encendí un cigarrillo.

Fue inútil que intentase entablar conversación con las dos enlutadas ancianas, porque las dos hablaban francés y no entendí una palabra de las frases que murmuraban en voz baja.

Aspiré el humo de mi cigarrillo y las contemplé con curiosidad.

Las dos mujeres habían puesto dos velas sobre la piedra del hogar.

Entre ambas velas, apoyadas sobre el muro, vi un crucifijo con la imagen de Cristo, y un viejo y amarillento daguerrotipo, cuyo motivo principal no podía divisar desde donde me encontraba.

Me aproximé despacio, curiosa.

La imagen del viejo daguerrotipo correspondía a un macho cabrío, al que rodeaban algunos signos cabalísticos semejantes a los que había visto pintados en negro a la puerta de la casa.

Es decir, aquellas ancianas adoraban e impetraban por igual a Dios y al diablo.

Bastaba prestar atención a sus palabras, a aquella especie de salmodia que pronunciaban en tono monocorde y con voz silbante en sus mandíbulas desdentadas:

—Eurinomo, ora pro nobis...

—Moloch, ora pro nobis...

—Plutón, ora pro nobis...

—Leonard...

—Baal Berith...

Me disponía a increparlas por aquel culto satánico al que se dedicaban, cuando varios hombres y mujeres penetraron en la gran cocina-hogar.

Uno de ellos era el gigantesco Charlie Blacks, el tabernero.

Según me dijo confidencialmente, había decidido cerrar más pronto aquella noche la taberna para asistir al velatorio de Lorraine Hardin.

Sin embargo, no se había olvidado de llevar al velatorio una buena provisión de botellas de ginebra y ron.

Los hombres adosaron los largos bancos junto a la mesa, y Adela trajo más sillas, auxiliada por una bellísima adolescente de rostro rosado y cabellos de oro, perfecta como un ángel.

Según me dijo Adela, la joven se llamaba Sarah Bryte y era huérfana.

Ayudada por Sarah, Adela trajo vasos y algunas viandas, que los hombres se pusieron a comer en silencio, regando el condumio con continuas libaciones a las botellas de licor que había traído el tabernero.

Sentada en una silla junto al fuego, me parecía vivir una escena irreal.

A pocos metros de mí, las dos viejas que hablaban francés seguían invocando a Satanás y a su corte infernal con tanta devoción como una

campesina italiana rezaría a la santa madonna en la iglesia de su pueblo.

Más allá estaban Charlie Blacks y sus rudos clientes, devorando las viandas y embruteciéndose con el alcohol, mientras Adela y Sarah Bryte les atendían diligentes.

Nadie pensaba en mi tía Lorraine Hardin, que yacía muerta, con el cuello destrozado a salvajes dentelladas.

Tampoco parecían recordar para nada a Frank Hardin, su esposo, que en una alcoba del piso superior, cocía insensiblemente su borrachera.

CAPITULO III

Eran las diez de la noche.

Uno de los amigotes de Charlie Blacks llevó a las ancianas una botella de aguardiente.

Las viejas bebieron copiosamente a chorro limpio y poco después dejaban escapar sus carcajadas destempladas.

Todo aquello me repugnaba.

Podía pedir a Adela que me llevase a mi habitación y tratar de sumergirme en el sueño.

Pero ¿quién sería capaz de dormir en tales circunstancias? En cualquier caso, opté poa permanecer en la compañía de aquellas gentes, extrañas y desconocidas para mí, sí, pero que al menos me confortaban de alguna forma con su presencia.

Un hombre se puso en pie, caminó hasta el hogar y echó algunos troncos en la lumbre.

Pero el fuego no prendía en la madera. Tal vez estaban húmedos o algunos copos de nieve habían extinguido por completo las pavesas que restaban en la lumbre.

El hombre puso bajo los troncos un puñado de ramas y otro de paja seca, tras lo cual le prendió fuego con un fósforo.

Una débil llama prendió en la paja y en seguida se extinguió.

El hombre se retiró, moviendo la cabeza, preocupado.

—Mal augurio, mal augurio... —repetía entre dientes, mientras volvía a la mesa.

—¿Mal augurio? ¿Por qué? —pregunté en voz alta.

Todas las miradas se posaron en mí, desaprobadoras.

—Sólo Satanás tiene a veces interés en apagar el fuego... para deslizarse en las tinieblas —dijo Charlie Blacks, a modo de explicación.

Me encogí de hombros,

¡Supersticiosos!

Kenton Mouth estaba compuesto por un puñado de ignorantes entregados a toda clase de supersticiones y creencias absurdas.

Pero las dos viejas se habían apartado del hogar como si huyeran de la peste.

Yo me alcé, decidida, de mi silla, y me acerqué a la chimenea.

Saqué mi «Dupont» dorado, dispuse como mejor pude las ramas y la paja, y le prendí fuego.

Inmediatamente surgió la potente llamarada que brotaba de lo alto de la chimenea y que lamió el suelo a mi alrededor, abrasándome.

Caí de espaldas, exhalando un gemido de horror.

Por fortuna, la enorme llamarada azul no había prendido en mis ropas ni en mis cabellos y, asombrada, me puse en pie y retrocedí de espaldas, indemne.

Oí los juramentos de los hombres y los grititos de las mujeres, que en seguida se apiñaron junto a la alacena y prorrumpieron en jaculatorias, ora a Dios, ora a los espíritus del Mal.

Charlie Blacks movió la cabeza con gesto de desaprobación. ¦

—No debió hacerlo, señorita Rogers. Usted no conoce el poder de las Tinieblas. Si el fuego no arde, es señal de que Plutón no desea que arda. Hay que someterse a las reglas —dijo.

Sentí ganas de llorar, pero me las aguanté.

Después de aquella tremenda llamarada, los troncos seguían apagados y el viento helado penetraba, violento, a través de la chimenea.

Pero los hombres y mujeres que asistían al velatorio no parecían sentir frío alguno.

Por el contrario, sus rostros aparecían brillantes, sudorosos, como si la temperatura fuese caldeada y confortable, cuando la verdad era que yo misma estaba tiritando de frío.

No sólo sentía miedo de ellos, de aquel ambiente infernal. Además me sentía desplazada, extraña.

Evidentemente, no era aquél mi sitio y en ninguna de aquellas personas esperaba encontrar un mínimo de amistad, de consuelo.

La luz de la única bombilla que iluminaba la cocina se atenuó tanto, que apenas semejaba un candil.

Encendí un cigarrillo, tratando de calmar mis nervios, y abroché mi trenca de piel.

Las mujeres seguían rezando y los hombres trasegando las botellas de ron y ginebra.

El humo de los cigarrillos y cigarros había formado una atmósfera densa, suspendida a media altura, por lo cual los rostros aparecían desdibujados, casi ocultos por el humo.

Por encima del runruneo de las satánicas invocaciones se oyó de repente un aullido próximo.

La atmósfera pareció cargarse de electricidad.

Las mujeres callaron y se apiñaron aún más unas sobre otras, al tiempo que los hombres olvidaban sus jarras de licor y dirigían una medrosa mirada hacia la puerta de la cocina que comunicaba con la leñera.

Tornó a escucharse el aullido.

Poderoso, próximo, impresionante...

—¡Moloch! —gimió Adela Hardin, cubriendo su rostro con el negro pañuelo de luto.

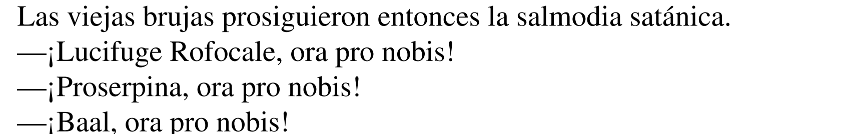
Todos conteníamos el aliento.

Resonó un gruñido profundo.

La bestia se aproximaba, ansiosa por atacar.

La gruesa puerta chapada en hierro se agitó violentamente.

Los gruñidos recrudecieron y también las embestidas bestiales a la resistente puerta que comunicaba con la leñera.



Las viejas brujas prosiguieron entonces la salmodia satánica.

—¡Lucifuge Rofocale, ora pro nobis!

—¡Proserpina, ora pro nobis!

—¡Baal, ora pro nobis!

—¡Leviatán, ora pro nobis!

—¡Nergal, Succor-Benoth, Chamos, Melchon, Nisroch, Behemoth..., ora pro nobis! —impetraban en voz baja, pero con intenso fervor.

Unas mandíbulas poderosas hacían presa en los bajos de la puerta, y los largos colmillos rechinaban sobre la chapa metálica.

De repente, me alcé de un salto.

—¡Por amor de Dios! —Grité, mirando a los hombres—. ¿No hay ninguno de ustedes capaz de empuñar un rifle o un revólver?

Ninguno de ellos me prestó la menor atención.

Sus rostros brillantes, sudorosos, estaban vueltos hacia la puerta.

Vi sus dedos cruzados en la mágica cruz supersticiosa y sus ojos brillantes, que expresaban pavor.

Súbitamente se oyeron dos potentes detonaciones.

En seguida escuché un gruñido agónico y alguien golpeó ferozmente en la puerta.

—¡Abran, abran! —gritó una voz varonil.

Pero nadie se movió.

—¿No me oyen? —era una voz enérgica, impaciente—. ¡He dicho que abran esta puerta!

No sé cómo saqué fuerzas suficientes para cruzar la estancia, descorrer la pesada aldaba y tirar de una de las puertas.

Un hombre joven penetró en la cocina.

Vi su rostro manchado de sangre, su chaqueta de piel igualmente empapada en el rojo líquido y el rifle que sostenía en la mano derecha.

Mis rodillas se doblaron.

La visión se desvaneció y debí perder el conocimiento. Pero unos brazos jóvenes y fuertes debieron sostenerme antes de caer, porque cuando volví en mí comprobé que no había sufrido el menor daño.

Ni un solo rasguño.

CAPITULO IV

Antes de abrir los ojos, percibí tres olores bien diferentes.

Un limpio aroma a lavanda, un penetrante olor a café y un perfumado humo de tabaco rubio americano.

El aroma a lavanda correspondía al hombre que permanecía a mi lado.

—¿Qué tal, doctora? Soy el doctor Jarvis —dijo con un timbre de voy muy agradable.

Así que era Jarvis, el doctor Dick Jarvis, la persona que me había telegrafiado a Nueva York...

Era un hombre 'bien plantado.

Alto, esbelto, de movimientos ágiles, hombros robustos y tez morena.

Sus ojos castaños, claros, inspiraban confianza a primera vista, y sus cabellos lisos, que le caían descuidadamente sobre la frente, le conferían un aspecto muy juvenil, aunque un tanto rudo.

Me sonreía. Y su sonrisa era lo primero de agradable que había encontrado en Kenton Mouth.

—¿Qué... qué ocurrió? —pregunté, un tanto embarazada, pues Jarvis me dirigía una mirada intensa, llena de admiración.

—Se lo diré después de que haya tomado una taza de café —respondió.

No sólo me trajo café. En la bandeja que puso sobre la cama había además mermelada, jamón, tostadas, mantequilla y un sinfín de deliciosos manjares.

El doctor Jarvis me ayudó a incorporarme sobre él lecho y me invitó a reponer fuerzas.

Comí abundantemente y con excelente apetito, mientras dirigía una ojeada a la estancia en la que me encontraba.

Aquélla era una verdadera casa, hay que decirlo.

Por un gran ventanal penetraba una claridad leve, lechosa.

—Es de día. Las nueve de la mañana —informó Dick Jarvis, adivinando mi implícita pregunta—. Es todo lo que puede esperarse en un lugar como Kenton Mouth.

Asentí.

Entre tanto, mis ojos recorrían la confortable estancia. Además del gran ventanal, había una chimenea a la canadiense, un televisor en color, una librería absolutamente desordenada, un mueble-bar sorprendentemente bien surtido y tres o cuatro sillones.

El piso se dividía en dos niveles diferentes, siendo el más bajo el correspondiente a la chimenea. A izquierda y derecha del muro, dos paisajes canadienses decoraban la estancia.

En suma, una casa limpia, moderna y confortable.

—Es curioso —dijo Jarvis, que no había dejado de observarme con profundo interés ni un solo momento.

—¿Curioso?

—Su sorprendente parecido con Lorraine Hardin —respondió, arrojando al aire una bocanada de humo.

—Tía Lorraine era prima hermana de mi padre —expliqué—. Supongo que debo haber heredado los caracteres físicos de mi rama paterna.

—Así debe ser... Los mismos cabellos rubios de Lorraine, idénticos ojos azules, los mismos labios gruesos y expresivos...

Me esponjé de satisfacción, pues el doctor Jarvis parecía muy impresionado por mi belleza.

—Dígame, doctor —rogué—. ¿Qué sucedió en la leñera? Creí... creí que estaba herido. Le vi penetrar en la cocina cubierto completamente de sangre...

—La sangre no era mía, sino del lobo —respondió.

Me explicó que llevaba varias noches montando guardia alrededor del pueblo.

—En Kenton Mouth, nadie se atreve contra Moloch, esa bestia carnicera. Pero yo me he propuesto terminar con ella —aseguró.

—¿Le acertó?

—Eso creí. Me encontraba apostado al borde del bosque, cuando oí los aullidos de Moloch. Provenían de la leñera de los Hardin y hacia allí me dirigí. Salté la empalizada de troncos y le vi. Mordía furiosamente los bajos de la puerta. No niego que me sentí muy impresionado y que experimenté un frío espanto. Es un animal de una presencia escalofriante, el lobo de mayor alzada que vi jamás. Sus ojos brillaban fosforescentes en la oscuridad y sus sordos gruñidos imponían...

A pesar de lo cual, Jarvis había rodeado en silencio las pilas de troncos y ge aproximó lentamente con el fin de asegurar la puntería.

—Me encontraba a menos de diez metros de distancia, cuando la fiera se volvió hacia mí. Probablemente había detectado mi presencia por el olfato. Lo cierto es que antes de que hubiera podido elevar mi rifle, Moloch saltó sobre mí.

Jarvis disparó por dos veces, aterrado.

Simultáneamente, el animal cayó sobre él, y el médico sintió sobre su rostro la tibieza de la sangre viscosa de Moloch.

—Debía pesar algo más de setenta kilos, porque me derribó con increíble facilidad. Imaginé que la bestia estaría muerta, pero cuando conseguí incorporarme había desaparecido. De su existencia, sólo quedaban las manchas de sangre que cubrían mi rostro, mis manos V mis ropas —terminó.

Yo me cubrí el rostro con las manos.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Todo esto es tan horrible...! El pueblo, construido en un profundo y lóbrego pozo, las brumas que lo rodean, la muerte de la pobre tía Lorraine, destrozada por esa bestia, las horrendas supersticiones de estas gentes...

Jarvis puso una mano sobre mi hombro.

—Anímese. Yo me ocuparé de protegerla —dijo, con una sonrisa cálida—. Admito que los habitantes de Kenton Mouth son profundamente

supersticiosos, que tienen extrañas manías y que el lugar no es de los más agradables. En cuanto a la muerte de Lorraine... no está claramente demostrado que fuera Moloch su asesino.

—¿Por qué dice eso?

—Digamos que Lorraine tenía, como todos, algunas raras manías. Una de ellas consistía en alimentar a los lobos.

—¿Alimentar a los lobos? —exclamé, estupefacta.

—No se asuste por lo que voy a decirle, pero las mujeres de Kenton Mouth creen que Lorraine Hardin era... una bruja. Algunas aseguran que Lorraine solía marchar al bosque al anochecer. Muchas de ellas juran por lo más sagrado que Lorraine, creyéndose sola en el bosque, comenzaba a aullar...

—¡No puedo creerlo!

—Bueno... Ya sabe lo crédulas que son las gentes más sencillas. Pero déjeme continuar, por favor. Las mujeres de esta aldea juran que manadas de lobos bajaban del monte y rodeaban a Lorraine en la más pacífica actitud y que incluso llegaban a lamerle las manos.

Tragué saliva, muy impresionada.

—Si eso fuera cierto..., ¿cómo podría explicarse entonces que mi tía hubiera muerto precisamente con el cuello destrozado por los colmillos de un lobo? —exclamé.

—Yo también me pregunté eso, a la vista del cadáver de Lorraine. Desde luego, no existe la menor duda: las tremendas heridas fueron producidas por los largos colmillos de un lobo. Pero las gentes de Kenton Mouth tienen una peregrina explicación para ello. Al parecer, Moloch es un viejo macho expulsado hace muchos años de la manada. Si conoce un poco la digamos «psicología» de los animales, sabrá que los individuos expulsados de la comunidad se vuelven rencorosos, taciturnos y mil veces agresivos...

—¿Y ésa es toda la explicación?

—No. Es evidente que Lorraine alimentaba a los lobos. A todos... menos a Moloch, demasiado arisco para venir a comer pacíficamente a las manos de una mujer. Según los rumores, Moloch odiaba a Lorraine precisamente porque ella alimentaba a los lobos de la manada de la cual había sido expulsado. La versión más extendida es que Moloch mató a Lorraine por esta causa.

Me retorcí nerviosamente las manos.

—Vamos, doctor Jarvis —estallé, al fin—. ¡Todo eso es absurdo! Un animal no posee inteligencia suficiente para odiar ni para sentir celos. Creo que en Kenton Mouth, a excepción de usted, todos están locos.

El médico me miró con una pizca de ironía.

—Es posible. Pero no olvide que, para estas gentes, el Diablo ha tomado cuerpo en Moloch. Ellos dicen que Satanás, personificado en la figura de ese lobo, mató a Lorraine... porque ella se negaba sistemáticamente a tomar parte en las ceremonias satánicas a que tan aficionados son los habitantes de esta aldea.

—Horrible, todo esto es horrible. En Kenton Mouth se respira una atmósfera malsana, deletérea, irreal... Desde luego, volveré a Nueva York en cuanto el cuerpo dé mi tía haya sido sepultado —afirmé, decidida a escapar de aquel horrendo agujero llamado Kenton Mouth.

Jarvis volvió a encender un nuevo cigarrillo y al notar mi expresión de ansiedad, me tendió su pitillera.

—No sé si eso será posible, doctora Rogers...

—¿Por qué no me llama Candy? —dije—. Es mi nombre de pila.

—-De acuerdo, Candy. Llámame Dick. En realidad, resulta un tanto absurdo que dos personas jóvenes, de la misma profesión además, se traten con tanto formalismo: «doctora Rogers», por aquí; «doctor Jarvis», por allá —bromeó.

A pesar de que mi estado de ánimo no era el mejor, sonreí.

—Conformes. Pero estabas diciendo que dudabas de que mi regreso a Nueva York fuera posible...

—En efecto. ¿No oyes el zumbido del viento? La tormenta de nieve va en aumento y cuando comienza a nevar en estas latitudes, nunca se sabe cuándo pasará. Me asomé al exterior hace un rato. La carretera ha desaparecido bajo un espesor de nieve de más de tres metros. Te sería imposible emprender el regreso en automóvil.

—¿Existe otro medio?

—El caballo o el trineo. Pero en esta época, los lobos, hambrientos, se tornan más y más audaces. He visto a los lobos pasearse a plena luz del día por las calles de Kenton Mouth. El invierno pasado abatimos más de trescientos. Pero incluso matar a esas bestias se convierte en un problema.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Tan difícil es?

—Te lo explicaré —dijo Jarvis—. Cuando los lobos bajan a esta aldea, algunos se apostan tras las ventanas más elevadas de sus casas, a resguardo de sus dentelladas. En cuanto derribamos a un lobo, docenas de ellos se arrojan sobre el cadáver y lo devoran. Entonces es fácil disparar sobre ellos y matarlos a mansalva. Pero después...

Según Dick, los habitantes de la aldea aprovechaban las pieles, muy valiosas, que vendían a buen precio en Crosby o en Saskatoon.

—Los cadáveres de los animales, ya desprovistos de su piel, son arrojados a cualquier lugar próximo. Y al anochecer, las bestias perciben el olor de la carne muerta y bajan a centenares. En la oscuridad, nadie se atreve a asomar la nariz fuera de sus casas, y los lobos campan a sus anchas por el pueblo, penetran en los corrales, matan a los caballos y a las vacas e incluso, como tú misma tuviste oportunidad de comprobar anoche, intentan penetrar en las casas y devorar a las personas.

—Ahora comprendo por qué esas gentes prefieren cruzarse de brazos... —murmuré, muy impresionada.

—Si una docena de lobos penetran durante el día en Kenton Mouth, prefieren dejarlos que revuelvan en las basuras e incluso que maten alguna

cabra o un caballejo lleno de mataduras. Porque si matan a los lobos, posteriormente se encuentran con la dificultad de deshacerse de sus cadáveres, que atraerían a muchas docenas de sus congéneres, al anochecer —explicó Jarvis,

Inconscientemente, mis dedos estaban acariciando la mullida y esponjosa piel que, a modo de colcha, cubría el lecho sobre el cual descansaba.

Pero al comprobar que era una magnífica piel de lobo, aparté mi mano como si se tratase de una serpiente venenosa.

—Vamos, Candy, todo se arreglará. Ahora será mejor que te vistas. Son algo más de las diez y el entierro tendrá lugar a las once —dijo Dick, animoso —. No temas, yo estaré a tu lado. Espero que mi compañía sirva, para confortarte.

—No puedes imaginarte cuánto —respondí, íntimamente agradecida.

Dick abandonó la espaciosa habitación y yo salté de la cama y comencé a vestirme.

Entonces me pregunté, muy azorada, si habría sido Jarvis quien me desnudase la noche anterior, cuando me trajo a su casa.

CAPITULO V

El viento soplaba fuerte cuando salimos a la calle.

Enormes copos de nieve azotaron nuestros rostros. Montones de nieve ya helada, endurecida, se elevaban junto a los muros y en algunos sitios alcanzaban los aleros de zinc.

Caminé con cuidado, apoyada en el brazo de Dick Jarvis.

Me sentía a gusto junto a él, no podía negarlo. Dick era un hombre fuerte y sano, en el que no parecía hacer mella el ambiente sombrío y agobiante de Kenton Mouth.

Al fin llegamos a la casa mortuoria.

Algunas personas se apiñaban a la puerta. Mujerucas envueltas en pieles de lobo y hombretones de rostro bermejo, imponentes bajo sus gorros y sus recios chaquetones de piel.

Dick me empujó levemente y penetramos en la casa.

De repente se me ocurrió una idea: la noche anterior no había oído en la casa un solo sollozo, ninguna exclamación que trasluciese pena o dolor.

No, no había visto llorar a Adela Hardin, ni a ninguna de las mujeres que acudieron al velatorio.

Al parecer, en Kenton Mouth todo se reducía a implorar al Todopoderoso o al príncipe de las Tinieblas.

Los rostros de las mujeres que permanecían dentro de la casa desaparecían entre sus pañolones negros o sus pieles parduscas.

Nos abrimos paso, pasillo adelante, y nos detuvimos en la habitación mortuoria, donde se encontraban varias personas.

El cadáver de tía Lorraine había sido ya acomodado en un tosco ataúd de pino pintado de negro.

Junto al féretro, en pie, estaban tres personas. Una era Adela, la segunda un clérigo de espalda encorvada y mirada vidriosa, y la tercera un hombre joven, alto y esbelto, enlutado.”

¿Dónde estaba el esposo de tía Lorraine?

¿Estaba tan borracho que ni siquiera iba a asistir al entierro de su esposa?

Mi incertidumbre desapareció en seguida, porque Adela Hardin me señaló con un gesto, tocó en el brazo a aquel hombre joven y dijo:

—Frank, ésta es la doctora Candice Rogers.

El hombre enlutado alzó los ojos y me miró.

Era un hombre muy atractivo. Moreno, de cabellos crespos, rizados, ojos grises, brillantes, y un mostacho muy negro que confería una cierta agresividad a su tez tersa y bronceada.

Hubo un destello de simpatía en sus ojos. Le vi acercarse a mí y estrechar mi mano.

—Bien venida, querida Candy —dijo—. Lamento que tengamos que conocerte con ocasión de este triste acontecimiento.

Mi sorpresa era tan intensa, que apenas conseguí balbucear unas palabras ininteligibles, como respuesta.

Así que Frank Hardin no era un viejo minero de sesenta o setenta años, sino un atractivo personaje de poco más de treinta...

Para mí resultaba incomprensible.

Veamos: aunque bella y exótica, tía Lorraine era ya una mujer muy mayor para un hombre lleno de vida como Frank.

Por otra parte, según mis noticias, mi tía no disponía de riquezas ni posesiones de ninguna clase, pues su amante Hal Burén no era un hombre excesivamente trabajador y apenas ganaba lo suficiente, con sus trampas y sus pieles, para vivir casi míseramente.

Estaba pensando en todo ello, cuando Dick me tocó en el hombro.

—Frank dice que si quieres ver a tu tía por última vez —susurró.

Asentí, aunque no me sentía curiosa.

Dos hombres elevaron la tapa del féretro.

Miré el rostro terso y suave de tía Lorraine. No parecía muerta. Ni siquiera tenía esa palidez clásica de los muertos. Por el contrario, sus mejillas tenían un tacto de terciopelo y su tono era rosado.

Me incliné sobre ella. ¿Sería posible que la hubieran maquillado para que presentara un aspecto menos patético...?

Me arrodillé.

Mi cuerpo cubría su rostro de las miradas de los demás.

¡Pobre tía Lorraine, tan apasionada, tan turbulenta desde su juventud, que incluso a sus sesenta años se había sentido impulsada a unirse a un hombre treinta años más joven que ella...!

Yo apenas la había conocido, pero la juzgaba con piedad y ternura ahora, cuando Lorraine acababa de despedirse de este mundo.

Besé su fría frente y acaricié sus mejillas.

Una de las monedas se movió, quizá impulsada por mis dedos.

Mi corazón se paralizó por un instante... ¡A tía Lorraine le habían vaciado un ojo!

¿Un ojo o... quizá los dos?

Aunque me sentía aterrada, mi instinto de conservación obró por mí. Disimuladamente volví la moneda de plata a su sitio y sólo entonces me incorporé.

Me sentía tan débil, que mis rodillas se doblaron y a punto estuve de caer. Pero Dick me sostuvo en seguida con sus fuertes brazos y me retiró de allí.

Quizá pensasen que el dolor y la emoción debilitaban mis piernas, pero lo cierto era que yo me sentía aterrada.

Dick me sostenía en sus brazos y me apartó unos pasos del féretro.

Entretanto, la tapa fue colocada en su sitio y cuatro hombres, muy rudos y corpulentos, lo elevaron, mientras el clérigo —Dick me diría luego que se trataba del reverendo Madison, un impenitente borrachín— mascullaba torpemente una oración.

La fúnebre formación se puso finalmente en marcha calle abajo.

Yo me sentía trastornada y ansiaba encontrarme a solas con Dick Jarvis para confiarle mis temores y hacerle miles de preguntas.

No era posible, por el momento.

Un centenar de personas, entre hombres y mujeres, caminamos en pos del féretro, delante del cual marchaba, tambaleante, el reverendo Madison.

No era momento para confidencias, pues numerosas personas nos rodeaban. Aparte de ello, estaba el suelo cubierto de nieve endurecida, en el que podíamos resbalar y rompernos fácilmente una pierna.

A las once y media de la mañana, no había en las calles de Kenton Mouth mucha más luz de la que una ciudad del llano podría gozar al oscurecer.

El vendaval de nieve, por una parte, y la penumbra que producían los dos altísimos farallones nevados, por otra, conseguían aquel efecto de la luz escasa, cernida, fantasmal.

El cortejo ascendía por !a calle y se desvió a la izquierda, dejando a la derecha el inicio del espeso bosque de coníferas.

Comenzamos a descender a lo largo de un tajo que más parecía un ventisquero.

Las mujeres marchaban detrás, unidas estrechamente entre sí, como en abigarrado pelotón, mientras murmuraban entre dientes las oraciones... a Dios o al Diablo, vaya usted a saber.

El angosto desfiladero se abrió y pude percibir una especie de calvero rodeado por una alta valla de troncos.

—Es el cementerio de Kenton Mouth —susurró Dick a mi lado.

Nos retrasamos un poco, mientras penetraban en el extraño camposanto el reverendo Madison, los hombres que portaban el féretro y algunos ciudadanos de la aldea.

Ya nos disponíamos a entrar, cuando se produjo algo así como un reflujo entre los que habían penetrado ya.

—Espera aquí —dijo Jarvis, un tanto alarmado.

Le vi abrirse paso entre las mujeres y penetró en el camposanto.

Volvió unos minutos después.

Estaba pálido y me tomó por un brazo, impulsándome a volver.

—Pero... ¿qué ocurre? —pregunté, asombrada.

—El enterramiento va a realizarse en otro lugar —dijo, sombrío.

—En otro lugar... —murmuré, desazonada—. Pero ¿dónde?

—En casa de los Hardin —respondió un tanto esquivo. Y adiviné que evitaba explicarme lo que estaba pasando.

Dejé escapar una risita nerviosa.

—En mi vida he visto que la gente entierre a sus muertos en su propia casa —exclamé.

Dick me detuvo, asiéndome por el brazo.

Su rostro no estaba pálido, sino gris.

—Las circunstancias lo exigen así —declaró—. Pero como posiblemente

no dejarías de hacerme preguntas hasta satisfacer tu curiosidad, lo sabrás todo. Vamos, date prisa. Adelantémonos a las personas que regresan ya del cementerio.

Anduvimos todo lo aprisa que es posible hacerlo cuando se camina sobre hielo resbaladizo.

En cuanto nos adelantamos unos treinta metros al cortejo que regresaba a la aldea, me volví hacia Dick Jarvis.

—Por amor de Dios, Dick —supliqué—. ¿Qué pasa?

—Hace tres días enterramos a una mujer. Se llamaba Jessie Patton y falleció a consecuencia de un fallo cardíaco.

—¿Y...? —murmuré impaciente.

—Los lobos han penetrado en el cementerio, a pesar de la alta valla de troncos —confesó, trémulo—, He visto las huellas de sus colmillos en los duros troncos que vallan el camposanto... Han conseguido abrir una brecha y... Bien, las bestias han desenterrado el cadáver de Jessie y... lo han devorado.

Me estremecí.

—Por eso volví apresuradamente: para impedir que pudieras entrar y... contemplar el horrible espectáculo —agregó Dick.

—Soy doctora en Medicina —declaré—. No voy a desvanecerme al ver una cosa así...

—Yo también soy doctor en Medicina. Y te aseguro que mi estómago se ha alborotado después de contemplar esa horrible carnicería. De todas formas, eso no importa aflora. Todos los vecinos hemos decidido de común acuerdo que el cuerpo de Lorraine Hardin debe ser sepultado, siquiera temporalmente, en lugar seguro. Dime, Candy, ¿te imaginas lo que ocurriría si enterrásemos el cadáver de tu tía en el cementerio? —preguntó.

Claro que me lo imaginaba.

Me parecía razonable que un cuerpo humano no fuera expuesto a la voracidad, al hambre extrema de los lobos, que se alimentarían... de lo que fuese con tal de sobrevivir, como cualquier otro animal sobre la Tierra, incluido el hombre.

Sin embargo, había algo que no lograba aceptar, por encima de toaos los razonamientos.

—Pero sepultar a tía Lorraine en su propia casa... —dije, confusa.

—Ya sé que a ti y a mí nos impresiona profundamente una cosa así... Pero las circunstancias obligan. No existe otro lugar seguro, créelo —me dijo Dick, al tiempo que comenzábamos a descender calle abajo.

—¿No hay... un templo? —pregunté.

Dick sacó un paquete de cigarrillos, pero el viento soplaba tan fuerte y era tan crudo, que finalmente optó por volvérselo a guardar en el bolsillo.

—¿Templo? Si a eso puede llamársele así... Existe una construcción de madera al otro extremo del pueblo. El reverendo Madison le llama pomposamente capilla, pero en realidad aquello no es otra cosa que un

barracón de tablones en ruinas. No, Candy, los lobos penetrarían allí más fácilmente aún que en el cementerio. La solución adoptada por Frank Hardin y refrendada por todos nosotros es la más razonable —expresó.

Avanzaba a vivo paso calle abajo y yo le seguí a la misma velocidad, incluso a riesgo de resbalar y romperme la crisma.

—Tengo que hablar contigo en privado, Dick —susurré a su oído, deteniéndole por un brazo.

Me observó en silencio.

—Tienes miedo, ¿verdad? —pronunció, afable.

—Sí —confesé, temblorosa.

—Bien. Ahora tenemos que esperar a los demás y asistir al enterramiento de tu tía. Después... sólo piensa en simular que no te encuentras bien.

—No será necesario fingir mucho —le dije—. La verdad es que me siento angustiada.

—Tanto mejor, para lo que quieres decirme. Diré que te encuentras mal y te llevaré a mi casa. Allí podremos hablar con toda tranquilidad —aseguró el doctor Jarvis.

No pudimos cambiar ninguna palabra más, pues los hombres que portaban el féretro se aproximaban.

Tía Lorraine habría de ser sepultada temporalmente en una habitación de la casa próxima al horno.

Se trataba de una antigua habitación-almacén próxima al corral, que no disponía de ventanas. La única forma de penetrar en ella era a través de una entrada que se cerraba con una sólida hoja de roble.

Y allí, en un rincón, trémula de íntima zozobra, presencié todo el fúnebre acto.

Los mismos hombres que habían llevado el féretro a hombros, trajeron picos y palas y abrieron sobre el piso de tierra una sepultura de algo menos de un metro de profundidad.

El ataúd descendió hasta el fondo, el inestable reverendo Madison pronunció una corta e inconexa semblanza de la difunta y se retiró a un rincón para... aceptar la botella de whisky que le ofreció disimuladamente Charlie Blacks.

Las viejas recitaban sus oscuras salmodias en tono temblón, a veces casi ininteligibles.

Pero yo oía demasiado a menudo aquella invocación:

—¡Lucifuge Rofocale, ora pro nobis...!

Adela Hardin me ofreció un puñado de tierra húmeda para que la arrojase sobre el féretro de mi pobre tía.

Más allá estaba Frank.

Parecía sinceramente afligido y muy entero, a pesar de todo. Vi que Charlie Blacks, en cierta ocasión, le ofrecía la botella, pero él la rechazó con un ademán enérgico.

La tumba fue rellenada de tierra y sobre el pequeño túmulo fue colocada

una tosca cruz de pino y algo que al principio no fui capaz de identificar: una ristra de ajos.

En fin de cuentas, una ristra de ajos, según los habitantes de Kenton Mouth, sólo servía para ahuyentar a los espíritus y... a algunos vampiros.

Aproveché aquel momento para iniciar mi mise en scéne. Es decir, fingí que se me doblaban las rodillas y caí en brazos de Dick Jarvis, que me llevó en volandas y a través de una muchedumbre de mujeres enlutadas, hasta la calle.

CAPITULO VI

—¿Sabes algo acerca de Demonología?

Dick se volvió de un respingo y su copa de coñac se vertió parcialmente.

—¿Qué has dicho? —preguntó asombrado.

—Te preguntaba si estás al tanto de las peculiaridades del culto satánico —insistí.

Dick se bebió la copa de un solo trago.

—¿Por qué me preguntas eso? —exclamó, un tanto preocupado.

—He oído ese nombre mil veces en las letanías diabólicas de las viejas de Kenton Mouth. No voy a negarte que invocan también a Lucifer, Belial, Satanás, Belcebú, Sammael y otros personajes del Gran Grimorio (Texto de magia, que fue extractado a partir de varias fuentes y autores, recopilando gran cantidad de viejos textos), pero he observado que repiten, sobre todo, el nombre de Lucifuge Rofocale. ¿Quién es? —inquirí, entre asustada e intrigada.

Dick se pasó la lengua por los labios.

Para mí, Dick era el único personaje real de Kenton Mouth. Todos los demás parecían extraídos de una pesadilla o, en el mejor de los casos, de una broma absurda.

—Lucifuge Rofocale... —murmuró, reflexivo.

—Sí. Ese es el nombre que invocan constantemente —afirmé.

—Déjame pensar... Sí. Creo que Lucifuge Rofocale es el primer ministro encargado de todas las riquezas del mundo. Es decir, el diablo que otorga los tesoros y gobierna las fortunas.

—No tiene sentido. Kenton Mouth es un lugar mísero. ¿Dónde están las riquezas en esta aldea? —pregunté.

Dick esbozó un gesto escéptico.

—No hay riquezas. La mayor parte vive a expensas de la caza, de la madera... Hay algunos ilusos que recorren las montañas con un aparato Geiger esperando encontrar un importante yacimiento de uranio... Pero no suelen conseguir grandes éxitos. Otros... recorren igualmente la montaña y los cauces secos de los ríos, buscando oro. Algunos encuentran algunas pepitas... Poca cosa, lo suficiente para ir tirando. Nada más.

—¿Crees que mi tía poseía alguna fortuna? —pregunté.

—Ninguna. En varias ocasiones tuve que regalarle las medicinas que necesitaba. A partir de la fecha en que se casó con Frank, su situación económica mejoró algo. Pero nunca tuvo dinero en cantidades apreciables.

—¿Oíste hablar de Hal Burén?

—¡Quién no! —exclamó Dick, divertido—. Era, al parecer, todo un personaje. Bravucón, holgazán, buen bebedor, mujeriego... Dicen que se ganaba la vida poniendo sus trampas y vendiendo la caza o las pieles que obtenía de ello, pero la mayoría afirma que era un visionario. Tenía una gran

vocación por las antigüedades y, sobre todo, por la arqueología. Dicen que una vez estuvo a punto de morir ahogado en la Mole's Burrow.

—¿Mole's Burrow? ¿Qué es eso? —pregunté.

—Una profunda caverna, situada a unos siete kilómetros de Kenton Mouth, en la montaña —respondió Jarvis—. Yo mismo estuve allí, el verano pasado. En una de las más espaciosas salas subterráneas existe un cementerio indio. ¡Es impresionante! Los cuerpos, momificados, más de un centenar, aparecían absolutamente destrozados por la polilla, pues el ambiente, al menos a aquel nivel, es muy seco.

Pensé un momento en todo ello. Pero la verdad era que yo deseaba hablar a Dick de algo muy diferente, aunque no menos impresionante,

—Tú debes conocer bien a las gentes de Kenton Mouth, Dick. ¿Qué dirías de un cadáver al que se le han sacado los ojos? —comenté.

Jarvis sirvió un poco de coñac en nuestras dos copas y sacó cigarrillos.

—He tratado de luchar contra la superstición de estas gentes desde que hace poco menos de un año llegué a Kenton Mouth —afirmó—, Pero no he conseguido gran cosa. Esta aldea está muy retirada de las grandes rutas, aislada en la falda de las montañas, muy lejos de la civilización y del progreso. Hay aquí cosas hermosas, sobre todo en verano, cuando el sol ilumina, aunque sea indirectamente, este pozo, pero las gentes, cuando huye la luz, se refugian en las creencias religiosas más retrógradas y en la superstición. Continúan llevando a cabo prácticas funerarias casi prehistóricas y se asustan de todo... porque se sienten indefensos ante la furia de los elementos y los animales salvajes. Verdaderamente, Candy, éste no es un lugar para vivir, pero ellos se aferran a sus míseras casas, a sus escasos muebles y pertenencias. Aseguran, por ejemplo, que esos dos imponentes picachos que cierran el paso a la luz los elevó Lucifer, exasperado por la felicidad y religiosidad de sus antiguos moradores. Y, aunque parezca extraño, he tenido en mis manos un viejo mapa del mil setecientos cuarenta, en el que ya se reseñaba el poblado de Kenton Mouth, aunque entonces sólo se llamaba Kenton, a secas.

—No comprendo... —dije, impaciente.

—Espera. En el mapa... no se advertían esos dos colosales farallones de casi mil metros que hoy podemos ver, ¿comprendes?

—Pero es absurdo creer en todas esas diabólicas historias —aduje, muy nerviosa.

—Es posible. Pero en la biblioteca de Saskatoon existe una copia del mapa a que me he referido. Lo conservan como un documento fidedigno —afirmó Dick.

—Tal vez hubo algún seísmo, un fuerte movimiento geológico —insinué.

—Eso es lo que yo pienso. Pero las gentes de Kenton Mouth creen que todo es obra del diablo. Y no hay quien les convenza de lo contrario.

—Pero lo de los ojos vaciados... Esa horrible realidad...

—Candy —dijo Dick, muy serio, e incluso inquieto—, las personas que

viven en Kenton Mouth tienen una psicología muy particular. Ellos creen firmemente que están en deuda con el diablo, con Satanás. Cuando hace tres siglos vinieron aquí, ellos habían heredado el culto diabólico de sus antecesores en la Gran Bretaña medieval. Pero los sacerdotes católicos franceses y españoles les convencieron para que adjuraran del diablo y su culto. Entonces surgieron de las profundidades abismales esos dos farallones que les privaron de la luz y la alegría de vivir. E inmediatamente volvieron a sus prácticas satánicas. Lo de vaciar los ojos a los muertos responde a uno de sus ritos. Porque creen también en los vampiros.

—¿Quieres decir que a tía Lorraine la consideraban una... vampiresa? —pregunté, dominada por la excitación.

—No quiero preocuparte, pero así es. Aseguraban que el espejo no reflejaba su imagen... Ella era católica ferviente y jamás se avino a practicar ritos satánicos. Luego... Consideremos también su manía por subir al bosque y repartir pedazos de carne entre los lobos que acudían a su llamada... Las gentes de aquí odian a los lobos...

—Los temen, diría yo, mejor.

—Sí. Es un temor profundo, casi ancestral. He visto, en ocasiones, a una vieja destrozando a golpes de hacha a un lobo ya muerto. Pero volviendo a Lorraine, hay que reconocer que su conducta consiguió promover la antipatía y el odio de casi todos.

—Pero ¿por qué?

—No es difícil de explicar: ellos odian a los lobos. Los temen, como tú has dicho antes. Lorraine los acariciaba y las bestias se acercaban a ella, sumisas. Dijeron que Lorraine era como una loba... ¡Sí, sí, ya sé! Todo esto puede parecemos ridículo, a ti y a mí, pero a ellos... Son gentes sencillas, elementales, la mayoría apenas sabe leer y se entregan fanáticamente a esos inconfesables cultos. Voy a confesarte algo que no he dicho a nadie, hasta ahora: estoy gestionando mi traslado a Saskatoon. No soy un hombre pusilánime, no me asustan ni los lobos ni los hechizos, pero te aseguro que este ambiente viscoso es capaz de alterar el equilibrio psíquico de cualquier persona normal.

El viento silbaba, amenazador, a través de los resquicios.

—Todavía no me has explicado por qué esa horrenda costumbre de sacar los ojos a los muertos —dije, tras expeler un suspiro que desahogó un tanto mi pecho.

Dick apuró su copa de coñac y fumó nerviosamente de su cigarrillo antes de responder.

—Sólo lo hacen con aquellos de los que sospechan que son vampiros —dijo—. Les sacan los ojos para que no puedan mirarles desde el Mundo de los Muertos. Creen que así no podrán salir de sus tumbas, ni encontrar el camino que lleva a la morada de aquellas personas a las que en vida quisieron causarles mal.

—¡Dios bendito! —exclamé, horrorizada y furiosa—. ¿Es que se puede

vivir en plena Edad Media cuando los hombres son capaces de trasladarse a la Luna? Todo esto es horripilante. ¡Daría un año de mi vida por conseguir escapar de aquí...!

—Asómate —invitó, desde el amplio ventanal.

Pero Dick movió la cabeza, escéptico.

Cuando estuve junto a él, señaló hacia la carretera, por encima de los aleros cubiertos de nieve de Kenton Mouth.

—¡Mira! —exclamó—. Allí debería estar la carretera, pero sólo se ve la ladera cubierta de nieve. Necesitaríamos tres o cuatro trineos, con veinte o treinta hombres bien armados, para conseguir llegar a Crosby. Pero no cuentes con ello. Hace quince días, un chico vino a avisarme al atardecer que Bill Karby, un viejo trampero, había resbalado sobre el hielo y se había roto una pierna. El infeliz yacía en una grieta, quince metros más abajo del fondo de un ventisquero, medio helado e incapaz de moverse.

El relato de Dick había conseguido captar mi atención.

—¿Qué hiciste?

—La única forma de atraer la atención de los vecinos de esta aldea es disparar unos cuantos tiros. Y eso hice, en plena calle, a la puerta de mi casa y en presencia del chico que me había traído la desesperada demanda de auxilio para Bill Karby.

-¿Y...?

—Nada. Llegaron junto a mí algunos hombres y me preguntaron si habían bajado los lobos. Les dije que Karby iba a morir congelado si no me acompañaban a rescatarle. Cínicamente, desfilaron ante mí uno por uno y se alejaron. El chico y yo tuvimos que ponernos en marcha con un par de caballos. Y conseguimos rescatar a Karby, con unas cuerdas. Era de noche ya cuando volvimos y una manada de lobos nos dio alcance a unas cinco millas de aquí. Para escapar, nos vimos obligados a sacrificar uno de los caballos. Con tres personas a la grupa, nuestro único caballo se desplomó, reventado, poco antes de alcanzar Kenton Mouth.

Dick volvió a fumar y aplastó con un gesto de rabia el cigarrillo sobre un cenicero.

—Todo eso quiere decir que esta gente componen la más despreciable comunidad de personas que he conocido nunca —dije rabiosa.

Pero Dick se volvió hacia mí rápidamente.

—Te equivocas. Son como tú y como yo. Pero todos tienen miedo. Por encima de cualquier otra cosa, en Kenton Mouth impera el miedo —afirmó.

—Pero el miedo, llevado al límite, es capaz de destruir a cualquier persona —argumenté.

—Es cierto —aceptó el doctor Jarvis—. Y ellos se refugian en la superstición, en su culto satánico, en todas esas aberraciones... —Dick inspiró profundamente—. Me preocupa asustarte, Candy, pero yo también tengo necesidad de un pequeño desahogo. Siento la necesidad de hablar contigo, de hacerte alguna confidencia...

—Hace pocas horas que nos conocemos —repuse—. Pero me parece conocerte desde hace años, querido Dick. Tú me has dado ánimos, me han protegido .. Habla, di lo que sea. Te escucharé.

Jarvis tomó asiento junto a mí.

A través de los cristales del ventanal se veían cruzar los copos de nieve arrastrados por el furioso vendaval huracanado.

—Cuando llegué aquí —dijo, fija su mirada en los cristales—, y observé a estas gentes, sentí ganas de reír, de burlarme de ellos, de zaherirles por sus arcaicas e idólatras creencias. Pero luego comencé a sentir miedo...

—¿Miedo?

—Sí. He comprendido que el culto colectivo al Diablo engendra una atmósfera especial, maligna, agobiante. Tú misma lo notaste en cuanto penetraste en Kenton Mouth...

—¿Vas a decirme que... crees en Satanás?

—No en el Satanás clásico, sino en el espíritu infernal, maléfico, que se crea cuando una comunidad abjura de los principios fundamentales de bondad, verdad y justicia y se precipita en el pozo sin fondo de la brutalidad, la ceguera y la impiedad... Advertí que para ellos todo el que no compartiera sus oscuras tendencias era un enemigo en potencia. No me ha valido de nada sacrificarme por ellos, exponer mi vida e incluso ofrecerles mi dinero. Porque todos están hundidos en la más negra de las tinieblas.

CAPITULO VII

Dick puso en mis manos una carabina «Winchester».

En mis bolsillos llevaba más de una treintena de cartuchos.

—Ve —dijo—-. Estaré vigilando toda la noche. Desde aquí se divisa la casa de los Hardin, ¿la ves? Pero, además, no pienso dejarte sola. Iré a verte al anochecer.

Yo sentía un nudo angustioso en la garganta.

Pero en la calle, ya impaciente, aguardaba Frank, el joven esposo de mi difunta tía.

Besé a Dick en los labios. Fue una caricia leve, fugaz, pero él me tomó en sus brazos y me besó apasionada y tiernamente.

—No temas —dijo. Y me empujó hacia la escalera.

Frank Hardin me observó con atención, en la calle.

—No pareces muy enferma —dijo—. Tienes un excelente aspecto. Tus mejillas tienen un color encendido...

—Ya estoy bien —respondí—. Sólo fue un desvanecimiento.

Me tomó por el brazo y caminamos rápidamente hacia su casa.

—¿Y esa carabina? —preguntó de repente.

—Me la prestó el doctor Jarvis. Tengo miedo a los lobos —dijo—. Con el arma junto a mí, me sentiré más tranquila. Sé utilizar la carabina.

—¡Brava muchacha! —exclamó Frank. Y sonrió—. Pero yo poseo mejores armas que ésa. Podrás escoger entre las que quieras.

No respondí.

Entramos en la casa.

Me repugnaban aquellas lóbregas y húmedas estancias y todo mi ser me impulsaba a volver con Dick, pero el propio doctor Jarvis me lo había advertido:

—Es preciso que te alojes en casa de los Hardin hasta que puedas volver a Nueva York. Si te quedases aquí se sentirían ofendidos y la gente comenzaría a murmurar.

Las viejas se habían marchado ya y en la casa sólo quedaban Adela y aquella muchacha huérfana de dieciséis años, Sarah Bryte, que ayudaba a la hermana de Frank en las tareas domésticas.

—Tu habitación está preparada —dijo Adela, siempre inexpresiva—. ¿Quieres verla?

Asentí, por cortesía.

La seguí a través de una escalera de madera de pino, cuyos peldaños chirriaban.

Anduvimos por un estrecho pasillo en penumbra y Adela empujó una puerta.

Entramos.

Yo llevaba mi carabina en la mano y Adela me miró insistentemente, pero

no me hizo preguntas ni comentario alguno.

La alcoba que me habían destinado era enorme, con el piso de madera sin encerar. Había un gran lecho muy rústico, un viejo armario sin lunas, una mesa y una silla y un lavabo de hierro, con un pequeño espejo colgado de la pared.

Todo era pobre, casi mísero, aunque la habitación estaba limpia y en orden, pero no había cuarto de baño ni servicios higiénicos.

Bajo la ventana estaban mis maletas. Abrí las contraventanas y me asomé. Poco más de un metro bajo el antepecho de la ventana descendía un tejado de madera embreada y más allá estaba el corral, con el establo y las imponentes pilas de leña cubiertas de nieve

Pregunté a Adela si podía enviar a Sarah para que me ayudara a deshacer las maletas y prometió que me la enviaría en seguida.

Sarah penetró en la habitación pocos minutos después.

Era una muchacha bellísima. Sus largos cabellos rubios, casi albinos, rodeaban un óvalo perfecto en el que destacaban poderosamente atractivos dos grandes ojos verdes.

—Vamos a abrir la ventana para que la habitación se ventile un poco —dije.

La abrí, en efecto, y me incliné afuera para respirar el aire puro del exterior.

Abajo, en algún lugar ignorado, se oyó un gruñido sordo, animalesco.

Me retiré de un respingo?

—¿Qué... qué es eso? —pregunté a Sarah.

—Los perros de Frank... es decir, del señor Hardin —respondió.

—¿Perros?

—Sí. Están siempre encerrados. El señor Hardin los utiliza como protección, como defensa contra los lobos. Son dogos, cuatro enormes animales capaces de enfrentarse con los más fieros lobos.

—¿Incluso... con Moloch? —pregunté.

Sarah se santiguó rápidamente, pero no respondió.

Le hice algunas preguntas sobre su familia y supe que sus padres y un hermano habían perecido dos años atrás sepultados por un alud, en el interior de la cabaña que poseían en la montaña.

—Tienes un vestido muy hermoso —dije, contemplando aquella especie de larga túnica de seda negra que vestía.

—Lo llevaré esta noche, durante el funeral —respondió, con cierto orgullo.

Me extrañó mucho su respuesta, porque nadie me había anunciado que fuera a celebrarse un funeral por el alma de tía Lorraine.

Sarah me ayudó a colocar mi ropa en el armario y me advirtió:

—No tarde en bajar. La comida está lista.

Bajé con ella. El almuerzo tuvo lugar en la gran cocina de la planta baja.

Aunque Adela había preparado un excelente asado, apenas si probé bocado: yo, que solía distinguirme por la voracidad a la hora de comer, había

perdido el apetito.

Nadie pronunció una palabra a lo largo del almuerzo.

Yo esperaba que Frank o Adela me informasen acerca del funeral que habría de celebrarse aquella noche, pero ninguno de los dos habló de ello.

Me sentía muy inquieta. ¿Por qué el funeral había de celebrarse precisamente de noche?

La tarde transcurrió triste y monótonamente, al amor de la lumbre de troncos.

Frank, que había bebido copiosamente durante el almuerzo, había ido a dormir un rato, y Adela y la chica vagaban de un lado a otro, realizando las tareas domésticas, sin contar conmigo para nada.

Por fortuna, a las seis y media, ya noche cerrada, llegó Dick.

Para disimular, dijo que se sentía preocupado por mi estado de salud e incluso me tomó el pulso y me auscultó..., por todo lo cual tuve que hacer un gran esfuerzo para reprimir la sonrisa.

Dick se sentó junto a la lumbre.

Charlamos de temas insustanciales, porque Adela estaba presente, aunque yo ardía en deseos de hacer docenas de preguntas a Jarvis.

Llegó la hora de la cena. Imaginé que invitarían a Dick, pero Frank bajó hacia las ocho, saludó secamente al médico y las mujeres comenzaron a disponer la mesa sin más dilación.

Dick no tuvo más remedio que alzarse de su asiento y despedirse.

Le acompañé hasta la puerta y le dije en un susurro:

—¿Has oído hablar del funeral de esta noche?

—¿Funeral? Nadie me ha dicho una palabra acerca de ello —respondió.

Le expliqué que Sarah lo había afirmado, pero Dick movió la cabeza, escéptico.

—No hagas mucho caso. Yo diría que esa chica está trastornada desde que murieron sus padres.

No era ningún consuelo saber que tendría que dormir bajo el mismo techo que Sarah Bryte, si era verdad que la muchacha estaba loca.

Nos despedimos apresuradamente cuando Frank apareció en el pasillo. Y sentí una tristeza honda cuando Dick desapareció y Frank atrancó la puerta.

Cenamos rápidamente y dije que deseaba acostarme.

Sarah me acompañó a mi habitación y me preparó el lecho. No quise dirigirle ninguna pregunta porque comenzaba a sentir cierta prevención hacia ella.

Sarah pronunció un rápido: «Buenas noches» y desapareció, tras lo cual cerré la puerta con llave y la saqué de la cerradura. Verifiqué que la ventana estaba convenientemente cerrada, me desnudé, me puse rápidamente mi pijama y me metí en la cama.

A la luz de la única y triste bombilla que colgaba del techo, permanecí unos minutos despierta, pensando en mis cosas.

Necesitaba hacer varias preguntas a Dick, pero una de ellas me inquietaba

sobre todas las demás...

¿Por qué había sido el doctor Jarvis quien me avisase por telegrama, en lugar de hacer. lo mismo Frank Hardin, esposo de mi tía?

Apagué la luz y me quedé dormida.

Serían las doce de la noche cuando desperté sobresaltada.

Inmediatamente volví a escuchar aquel gruñido sordo, escalofriante.

¡Moloch estaba próximo!

Encendí la luz.

Unas zarpas poderosas arañaban la ventana. Un cristal saltó, roto, y sus fragmentos tintinearon al caer sobre el hielo que cubría el alero, bajo mi ventana.

Los gruñidos volvieron a repetirse. Ahora más furiosos y terroríficos. Y la contraventana de madera se agitó violentamente.

Paralizada por el espanto, me pregunté cómo un animal tan pesado había conseguido llegar hasta el alero.

—Debo tomar la carabina, introducir unas cuantas balas y esperar hasta que esa bestia penetre por la ventana —me dije.

Pero mis brazos no obedecían la orden del cerebro, porque el miedo me mantenía absolutamente rígida, sin capacidad para realizar el menor movimiento.

Un trozo de madera se desgajó de la ventana y cayó al suelo.

Entonces, sí.

De un salto abandoné el lecho y corrí descalza hacia la puerta.

La aporreé, desesperada. Y mis gritos conmovieron el silencio de la noche:

—¡Frank, Frank, por amor de Dios, ayudadme!

Finalmente tuve la serenidad suficiente para recordar que yo misma había cerrado aquella puerta con llave.

Volví hacia la cama, al mismo tiempo que los golpes seguían resonando, potentes contra la contraventana.

Supongo que fue el instinto de conservación lo que me obligó a recoger la carabina, una vez tuve la llave en la mano.

Abrí la puerta y la cerré desde el pasillo.

Las tinieblas me rodearon.

Y en aquel momento escuché un crujido de maderas destrozadas y un nuevo gruñido, más próximo, resonó al otro lado de la puerta.

¡Moloch, el lobo, acababa de penetrar en mi alcoba!

Sarah me había dicho que tanto Frank como Adela Hardin dormían en la misma planta, en las últimas habitaciones del pasillo superior.

Corrí hacia allá, tropezando en las paredes, cayendo al suelo, hiriéndome los pies contra los clavos y astillas del irregular piso de madera.

Aporreé una de las puertas del fondo.

—¡Frank, Frank, Moloch está aquí!... ¡Por favor, necesito ayuda!

No gritaba; gemía, sollozaba entre dientes, perdido por completo el ánimo.

La puerta no estaba cerrada con llave, porque sólo tuve que accionar el

cierre para que se abriera.

Palpé la pared y di la luz.

Era la habitación de Frank, sin duda, porque al pie de las camas había unas botas manchadas de barro, una chaqueta sobre una silla y algunas prendas masculinas tiradas de cualquier modo sobre el piso de la estancia.

Salí.

La puerta abierta, detrás de mí, me permitía caminar ahora sin tropezar, gracias al rectángulo luminoso que brotaba de la habitación de Frank Hardin.

Me detuve a escuchar.

Al otro lado de la puerta de mi alcoba, Moloch golpeaba contundentemente las maderas.

Tragué saliva.

Porque estaba segura de que si el lobo había conseguido destrozar la fuerte contraventana, de la misma forma acabaría rompiendo la puerta de mi dormitorio.

Llamé desesperadamente en la puerta de Adela.

Era posible que Frank hubiera acudido a la taberna, pero Adela debía estar durmiendo en su cama a aquellas horas.

Impulsada por los gruñidos y los fuertes golpes que llegaban de! otro extremo del pasillo, apreté el picaporte y penetré en la habitación.

Encendí la luz: el dormitorio de Adela estaba igualmente vacío.

Como loca, descendí la escalera y recorrí la cocina, la despensa, y el resto de las habitaciones de la planta baja.

¡Nadie, no había nadie en ninguna de ellas...!

Me encontraba sola, frente a Moloch.

Mi corazón había emprendido una loca galopada dentro del pecho y mis sienes latían con tanta fuerza que mi cerebro parecía a punto de estallar.

Me detuve en el oscuro pasillo de entrada a la casa y aguardé.

Arriba sonaban los zarpazos, los gruñidos y el espeluznante rumor de unos colmillos haciendo presa en las maderas.

Un escalofrió de pánico me estremeció de pies a cabeza.

Sobre un clavo había un chaquetón de pieles.

Me cubrí con él, porque tiritaba de frío, y probé a ponerme unas botas altas que encontré en la cocina.

Me venían muy anchas, pero al menos no estaría descalza.

La puerta de la leñera se agitó violentamente y oí unos fieros arañazos sobre las planchas de metal.

Salí corriendo, gritando mi pánico a los cuatro vientos.

Me encontraba en el pasillo, cuando en lo alto se escuchó un crujido muy sonoro y luego resonó el gruñido de la bestia.

De un salto me abalancé a la puerta de la calle y comencé a palpar el cerrojo... antes de comprender que estaba abierta.

Tiré de la hoja de madera y salí con tanto ímpetu a la calle que resbalé sobre el hielo y rodé violentamente.

La carabina que me había entregado Dick se me fue de las manos y rodó, cuesta abajo, y se perdió entre las ruedas de mi «Land-Ro ver» aparcado diez metros más allá.

El gruñido muy próximo, me sobrecogió.

Giré sobre sí misma, y vi a la bestia.

Estaba en la puerta, plantada fieramente sobre sus cuatro patas.

Lo primero que vi fueron unos ojos amarillos, fosforescentes, enormes, malignos.

Unos ojos que parecían brillar con luz propia y... me vigilaban.

Vi también la hirsuta pelambre y las grandes fauces, entreabiertas, que arrojaban nubecillas de vapor a través de los agudos colmillos.

Era un lobo gigantesco, terrible.

Seguramente pesaría más de ochenta kilos y mediría casi un metro de altura.

La fiera bajó a la calle.

Despacio, un paso detrás de otro, tan seguro de que yo era una presa inerme, incapaz de toda defensa.

De su pecho brotaba un rumor sordo, inquietante.

No era exactamente un gruñido, sino un estertor salvaje de íntima satisfacción animal.

Lúcidamente, aunque pueda parecer extraño, pensé en aquel momento:

«Sería un hermoso anima!... si no tuviera un aspecto tan diabólico.»

Súbitamente, giré sobre mí misma.

Mi objetivo era el «Land-Rover».

Por dos razones: la primera, que debajo de su carrocería estaría a salvo de la inicial acometida de la fiera.

La segunda, que debajo del automóvil, probablemente, encontraría mi carabina.

Mi cuerpo se deslizó fácilmente sobre la nieve helada.

Pero mucho antes de que hubiera logrado alcanzar la protección del coche, Moloch saltó hacia adelante con enorme potencia.

Un alarido brotó de mis labios.

Moloch, en limpia parábola de más de siete metros de longitud, cruzó el aire y se abatió sobre mí-

Sus ojos fosforescentes brillaban en la penumbra.

CAPITULO VIII

Los tremendos colmillos, como alfanjes de marfil, se abatieron sobre mi cuello.

De forma refleja, yo había elevado mis piernas y las rudas botas golpearon en su vientre con fuerza, por lo que sus colmillos no llegaron a hacer presa en mi garganta.

El enorme animal rodó sobre el hielo.

Gruñía, furioso, pero rápidamente se alzó del suelo, dispuesto a saltar nuevamente sobre mí.

—¡No te muevas, Candy!

Era Dick Jarvis la persona que acababa de gritar con voz estentórea.

Aunque temblaba de pavor, me mantuve inmóvil, a sabiendas de que Moloch se disponía a degollarme de una sola dentellada.

Las zarpas arañaron la nieve helada en la salvaje acometida.

Restallaron dos disparos.

Las detonaciones hirieron mis oídos, muy próximas.

Moloch cayó a dos metros de mí, y de entre sus temibles fauces brotó un débil aullido de dolor.

Me incorporé.

—¡Quieta! —volvió a ordenar Jarvis, a quien no había tenido tiempo de ver todavía.

¿Por qué?

Moloch yacía sobre el hielo muy cerca de mí.

No se movía, parecía muerto...

Súbitamente, sin embargo, se irguió sobre el hielo y se alejó de un salto.

Dick volvió a disparar hasta tres veces.

El imponente Moloch rodó sobre la nieve otras tantas, pero finalmente se irguió y huyó velozmente en la noche, hasta que le perdí de vista en la esquina norte de la casa de los Hardin.

Oí unos pasos apresurados y Dick estuvo rápidamente junto a mí.

Me ayudó a incorporarme. Toqué el cañón de su rifle y advertí que quemaba.

—No puedo creerlo —le oí murmurar.

—Es espantoso —asentí—. Empiezo a creer que Satanás está dentro de Moloch. ¿Cómo se podría explicar si no, que le hayas alcanzado cinco veces con tus disparos y que haya logrado escapar?

—No lo comprendo —susurró él, apretándome trémulamente contra su pecho—. ¿Estás bien, Candy?

—No tengo un rasguño —respondí—. Pero estoy muerta... de espanto.

—¿Y tu carabina?

—Debajo del coche. Se me escapó de las manos cuando caí al suelo —dijo. Y le expliqué en pocas palabras cuanto me había ocurrido.

Dick encendió una potente linterna, se agachó junto al «Land-Rover» y recuperó el arma.

—¿Está cargada?

—Sí —respondí.

—Métete en el coche, cierra por dentro y espérame —dijo Dick.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—Voy a seguir el rastro de Moloch. Tal vez esté herido. No creo que haya ido muy lejos de aquí.

Me estremecí.

—Por amor de Dios, Dick. ¡No me dejes sola! —supliqué.

Besó levemente mis cabellos helados y respondió:

—Está bien. Acompáñame.

Avanzamos sobre la calle helada.

Mis botas claveteadas se afianzaban bien sobre el hielo y seguí a Dick a buen paso.

El chorro luminoso de la linterna se dirigía rectamente hacia el suelo helado.

—Ni una sola mancha de sangre... —expresó Dick, asombrado.

Seguimos adelante y rodeamos la alta empalizada que protegía el corral y la leñera.

Dick volvía atrás muchas veces, ansioso por encontrar las huellas de la bestia.

—Es inútil —exclamó, finalmente—. La nieve está helada y ese bicho no ha dejado huellas en el piso. Supongo que habrá huido hacia el bosque. ¿Viste algo-semejante? ¡Cinco balazos v ni una sola herida, al parecer!

Yo tenía demasiado miedo e insistí en que volviésemos rápidamente.

Nos detuvimos junto al «Land-Rover».

—¿Estás segura de que la casa está 'desierta? —preguntó Dick, inquieto.

—Absolutamente segura —afirmé.

—De todas formas, me gustaría comprobarlo por mí mismo —insistió él.

—Entremos —propuse, puesto que junto a Dick me sentía más segura.

Kenton Mouth estaba en calma.

No rugía el viento, tampoco nevaba ya.

Los escasos puntos de luz que iluminaban las empinadas calles semejaban luciérnagas en la oscuridad del bosque.

Nos separamos del coche y penetramos en la casa.

A la carrera, subimos la escalera y llegamos al piso superior.

Dick contempló, estupefacto, la destrozada puerta de mi alcoba.

—¿Quién podría creer que un animal sea capaz de causar tal destrozo? —exclamó, tras señalar el boquete abierto en la parte baja de Ía puerta.

—Estoy obligada a creerlo —susurré miedosa—. Oí sus gruñidos y el arañar de sus zarpas sobre la madera.

—Un lobo no puede clavar sus colmillos , en una superficie plana. Y esta puerta es absolutamente lisa. Fíjate en las tablas: tienen una pulgada de

grosor...

—También las maderas de la contraventana son gruesas y Moloch las destrozó —susurré.

La amarillenta luz de la bombilla de mi cuarto seguía luciendo.

Dick dirigió el chorro de su linterna sobre las húmedas huellas del piso de tablas.

—No —dijo, convencido.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo ves? —gritó, excitado—. ¡Hay huellas húmedas de unas botas!

Era cierto.

El perfil de la suela de una bota, el del tacón... aunque desdibujados, se advertían claramente sobre los tablones de pino del suelo.

Miré a Dick, aterrada.

—Entonces... Esto significa que...

—La presencia de Moloch está demostrada, puesto que tú y yo le vimos, pero... una persona facilitó su paso, destrozando la ventana y esta puerta —aseguró Dick.

Avanzamos hacia la ventana y descubrimos nuevas huellas de botas.

Sobre las maderas de la ventana, Dick desveló una profunda muesca sobre el marco.

—Es la huella de un instrumento contundente —explicó—. Posiblemente, un martillo o una gruesa barra de hierro.

Palpé con mis dedos aquel hueco, donde la madera había sido golpeada.

—Empiezo a creer que tienes razón —confesé—. Estos tablones no podrían ser destrozados a zarpazos, sino a golpes...

—Exactamente —replicó Dick—. Alguien estaba interesado en que Moloch penetrase en esta casa. Pero hay algo que me preocupa profundamente

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz.

—Que esa persona puede estar todavía aquí, muy cerca, probablemente acechándonos —dijo en un susurro.

Metió una mano en un bolsillo de su chaquetón de pieles y sacó un puñado de balas que introdujo en pocos segundos a través del brocal de carga de su potente rifle «30-30».

Yo ansiaba abandonar aquel lugar y huir muy lejos de Kenton Mouth.

Pero ¿dónde ir, cuando las carreteras estaban borradas por un espesor de tres o cuatro metros de nieve?

Dick se separó de mí e inspeccionó el armario.

—Vamos —dijo.

Registramos una por una las habitaciones del piso superior. Empleamos mucho tiempo en ello, porque Dick se empeñó en registrar todos los muebles y baúles capaces de contener un cuerpo humano.

Finalmente, descendimos a la planta baja y examinamos todas las habitaciones.

Nos detuvimos cerca del horno.

Yo miraba temerosamente hacia la puerta del viejo almacén en el que aquella misma mañana había sido enterrada tía Lorraine.

Y advertí que la puerta de roble estaba abierta.

No era capaz de articular una sola palabra y sólo pude indicarle la puerta con un gesto.

Ambos quedamos rígidos contemplando la puerta entreabierta, con su cerrojo descorrido.

—¿Quién está ahí? —gritó Dick, a voz en cuello.

Nadie respondió.

Durante los primeros segundos no conseguimos percibir el menor rumor.

Pero al cabo, manteniendo nuestras respiraciones en suspenso, pudimos escuchar un cierto estertor, seguido de un extraño rumor inidentificable.

—Espérame aquí fuera —dijo Jarvis en un susurro, a mi oído.

Le retuve por un brazo, angustiada.

Pero Dick estaba dispuesto a comprobar lo que estaba ocurriendo en el interior de aquella habitación de muros de piedra y apartó mi mano con un gesto perentorio.

Yo temblaba de pavor cuando él se apartó de mí y avanzó hacia aquella puerta.

Había apagado su linterna y avanzaba pegado a la pared, hacia la puerta de roble.

Debió saltar hacia adelante de improviso, porque vi fulgir el potente chorro de su linterna y los goznes de la puerta chirriaron.

Sonó un gruñido bronco y simultáneamente oí la maldición que brotaba de los labios de Dick.

Ya me disponía a correr hacia allá locamente, cuando oí la doble detonación de su rifle.

Los gruñidos cesaron súbitamente y un cuerpo golpeó en la puerta, en su interior.

—¡Dick! —grité—. ¿Estás bien?

Apareció en la puerta un segundo después.

—No temas —dijo—. No hay peligro.

—¿Qué.,., quién era...? ¿Moloch...? —murmuré, balbuceante

—Acércate —invitó.

Fui hacia la puerta con un desconocido temblor que me recorría todo el cuerpo.

Dick empujó con fuerza y separó algo con el pie.

En el primer momento, pensé que, en efecto, se trataba de Moloch, el lobo poseído por Satanás.

Pero lo que vi tendido sobre el piso de tierra, aunque de grandes proporciones, no tenía semejanza con Moloch: era sencillamente un gran perro dogo, con la cabeza destrozada por dos certeros balazos del «30-30» de Dick Jarvis.

Como Dick iluminaba el cadáver del perro con su linterna, no pude ver el resto de la habitación.

—Es uno de los dogos de Frank Hardin —declaré—. Sarah Bryte me dijo que Frank criaba algunos de estos poderosos animales como defensa contra los lobos.

—Era un animal feroz, salvaje, desesperado y... hambriento, que se lanzó contra mí ciegamente en cuanto penetré en la habitación. ¿Quieres saber lo que estaba haciendo el dogo? —preguntó Dick con voz ronca.

Empecé a adivinarlo antes incluso de que Dick moviese la linterna e iluminase el centro de la habitación y el chorro de la lámpara desvelase las sombras.

Vi el hoyo que habían escarbado las fuertes patas del animal. Y también el ataúd pintado de negro donde reposaban los restos mortales de la infeliz tía Lorraine.

—El perro estaba a punto de desenterrar el féretro cuando llegamos —dijo Dick—. Estaba hambriento, buscaba alimento desesperadamente. Me pregunto por qué Frank, que es responsable de esos animales, los ha mantenido sin alimentar hasta que los perros se han visto obligados a hacer esto.

—Frank lleva varios días borracho. Al parecer, la muerte de su esposa le impresionó mucho. Es lógico que haya olvidado alimentar a los dogos. Eso es lo que pienso.

—Ojalá estés en lo cierto —respondió Dick, preocupado.

CAPITULO IX

Penetramos en el corral y nos dirigimos hacia la construcción edificada bajo la ventana de mi alcoba.

Había dos tablas destrozadas a mordiscos en su parte baja. Era evidente que por aquel gran boquete habían escapado los perros.

Sobre el gran montón de nieve que llegaba al alero podían verse las huellas de los animales, que habían penetrado en la casa a través de la ventana de mí alcoba.

—Tengo que ver a Frank. Quiero que me dé explicaciones respecto a esto —gruñó Jarvis, encolerizado—. Has estado a punto de morir devorada por esos hambrientos dogos.

—Y también por Moloch —puntualicé, sin poder evitar un escalofrío de terror.

Dick permaneció pensativo un instante.

—¿Qué piensas? —inquirí, impaciente.

—Nada. He de comprobarlo. —Bruscamente cambió de conversación—: Es incomprensible que Frank y Adela Hardin estén fuera de casa a estas horas —Dick consultó su reloj—. Es la una de la madrugada, Y dejaron la puerta de la calle abierta, según dijiste. Todo esto es muy extraño. A menos que...

—¿A menos que...? —repetí, como sobre ascuas, a pesar de la gélida temperatura reinante.

—Creo que tomé precipitadamente a broma lo que me dijiste acerca de ese funeral nocturno, del que te habló Sarah.

—¿Y bien...?

Dick me tomó por un brazo y me llevó a la carrera, a través del corral, hasta la cocina.

Cerramos la puerta con la tranca y salimos a la calle.

—Detente, Dick —rogué—. ¿Qué te propones?

Su respuesta me dejó estupefacta.

—¿Has asistido alguna vez a una misa negra? —inquirió.

—¿Cómo puedes suponer tal cosa? —gemí.

—En Kenton Mouth son muy aficionados a ese tipo de ceremonias —afirmó Dick—." Imagino que todos los vecinos deben estar reunidos en alguna parte. Charlie Blacks cerró su taberna antes de las once de la noche, cuando normalmente suele mantenerla abierta hasta después de las doce.

—¿Dónde supones que pueden haberse reunido, si estás seguro de lo que dices? —quise saber.

—Sólo disponemos de un local capaz de contener a todos los habitantes de Kenton Mouth: la capilla —le respondió Dick.

Y echó a andar decididamente calle abajo.

Le seguí, aunque me sentía aterida y dominada por el espanto.

A unos cincuenta metros de la carretera que moría en Kenton Mouth y

parcialmente oculta por un grupo de abetos, se encontraba el barracón de madera al que llamaban capilla.

A través de las altas ventanas brotaban haces de luz rojiza.

Nos aproximamos lentamente, silenciosos.

La puerta, a la que se llegaba tras ascender cinco peldaños de madera, estaba cerrada.

—No importa —susurró Dick—. Hay docenas de resquicios a través de los cuales mirar.

Rodeamos la capilla. En efecto, pronto encontramos una rendija lo suficientemente ancha como para que los dos pudiéramos espiar a través de ella.

Contemplé una escena que se me antojó irreal, fantástica, propia de una pesadilla.

Algo más de un centenar de personas se postraban, rostro en tierra, en su interior.

Entre ellos y el pequeño altar ardía una gran fogata de la que se alzaban extrañas llamas verdosas.

En el altar, un pequeño crucifijo había sido vuelto de cara al muro, que estaba velado por crespones negros al igual que el ara.

También eran negras las' largas y holgadas ropas del satánico sacerdote. Pero pude reconocer fácilmente sus facciones al reflejo verdoso de las llamas: era Charlie Blacks, el tabernero, cuyos ojos brillaban diabólicamente.

Su mirada hipnótica contemplaba fijamente el pequeño cáliz de cobre que sujetaba con sus manos.

Pero lo más impresionante era el desnudo cuerpo de una joven que yacía sobre los negros crespones del altar.

Su cuerpo, de un tono lechoso, resaltaba poderosamente sobre los oscuros paños litúrgicos, y sus cabellos rubios colgaban en el vacío como una cascada de oro.

Un alarido de horror pugnó por salir de mi garganta cuando reconocí a aquella joven... ¡Era Sarah Bryte!

Ahora podía entender su excitación de unas horas antes cuando me confesó que su túnica negra tenía como fin principal el asistir al tétrico funeral nocturno.

Blacks dejó el cáliz sobre el vientre desnudo de Sarah y alzó los brazos invocando a Satanás.

Una histérica oleada de invocaciones respondió a sus palabras.

Aquella ceremonia en nada recordaba a un funeral. En realidad, sólo era un aquelarre.

Advertí que la hoguera, aunque sólo quedaban ya en ella algunas ascuas, continuaba ardiendo a grandes llamaradas.

En mis oídos resonaba aquella gutural salmodia mediante la cual los habitantes de Kenton Mouth invocaban a Satanás.

Sentí miedo, sí. Miedo a lo desconocido, a lo sobrenatural, a todo lo

misterioso, oculto e incomprensible que rodeaba la ceremonia. Pero sentía también asco, repugnancia.

—Por favor, Dick, alejémonos de aquí —susurré, sin fuerzas ya para continuar presenciando la diabólica misa.

Dick me tomó en sus brazos y me incorporó.

Aprisa, como si huyésemos del mismo diablo, nos alejamos de la capilla.

—Creo que mi deber es denunciar estas cosas a la policía —dijo Dick, a mi oído—. En cuanto amanezca, llamaré por radio a Sakastoon e informaré a las autoridades de cuanto acabamos de presenciar. Si las condiciones meteorológicas lo permitieran, tal vez podríamos pedir un helicóptero que te transportase lejos de este maldito lugar.

—¿Y tú...? —pregunté con gran ansiedad.

—No puedo abandonar Kenton Mouth hasta que llegue el médico que ha de relevarme. Tendré que esperar —respondió.

—Dick, ¿qué vamos a hacer... ahora? —pregunté.

Nos detuvimos para recobrar el aliento.

—Desde luego, vendrás a mi casa. Supongo que a estas alturas no te importarán demasiado las posibles murmuraciones de los vecinos de este lugar...

—Puedes jurarlo —respondí—. Iré contigo.

—Es la única solución posible. Por nada del mundo te permitiría dormir una noche más en esa horrible casa de los Hardin. Por la mañana iré a recoger tus cosas. Hablaré con Frank y le informaré de todo lo que te ha ocurrido esta noche.

Me apreté contra él y unos minutos después llegábamos a su casa.

Dick me cedió su lecho y se acomodó en un diván próximo.

Apagó la luz, y poco después escuchaba su respiración rítmica y profunda.

Suspiré, aliviada. Mis nervios comenzaban a relajarse y la serenidad volvía lentamente a mi ánimo.

Junto a Dick... ¡todo era tan distinto! Ahora me sentía confortada y protegida, y en mi corazón crecía rápidamente un hondo agradecimiento hacia él.

¿Agradecimiento... o amor?

Mis párpados se cerraron, el sueño se apoderaba ya de mí...

Súbitamente me incorporé, angustiada, al escuchar aquellos aullidos tan próximos.

—¡Dick..,! —gemí.

Le oí removerse sobre el diván.

—Cálmate, Candy —susurró—. Los lobos han bajado esta noche de la montaña y harán alguna presa. Pero no temas, no pueden penetrar en esta casa.

Permanecimos en silencio, atentos a los rumores que llegaban del exterior.

Sobre la nieve, se oyó la larga y veloz galopada de los lobos.

Luego, en algún lugar distante, un 'chillido agudísimo hendió los aires.

Dick abandonó el lecho de un salto y se asomó al ventanal.

—¿Qué...? —inquirí con un hilo de voz.

—No veo nada —respondió—. Está nevando de nuevo y apenas se distingue a quince metros. Creo que debería bajar, pero no quiero dejarte sola en estas circunstancias.

—¡No me abandones, por favor! —gemí, despavorida.

Vino a mí, me tomó en sus brazos, me acarició y me besó, sin dejar de pronunciar tranquilizadoras palabras a mi oído.

Creo que debí dormirme en sus brazos, porque al amanecer Dick dormía apaciblemente arropado con unas mantas sobre el diván.

Aquella noche tuve una horrible pesadilla.

Veía a Moloch saltando sobre mí. Sus colmillos brillaban como puñales de acero y su aliento fétido acariciaba mi rostro.

Toqué mi cuello y... palpé mi propia sangre, viscosa y tibia.

¡Moloch me había destrozado la garganta de una sola dentellada y devoraba mis entrañas con un fulgor maligno en sus ojos dorados!

CAPITULO X

Dick volvió a casa a las nueve de la mañana.

Su gorro y su chaquetón de piel estaban cubiertos de nieve y sus facciones aparecían descoloridas.

—¿Qué ocurre? —pregunté, preocupada.

—Nada —respondió, intentando una sonrisa. Pero no era difícil adivinar que me ocultaba algo.

—Oí varios disparos, poco después de que tú salieses —insinué.

—Los lobos merodeaban alrededor de Kenton Mouth al hacerse de día. Tuvimos que abatir a más de una docena de esas bestias —respondió Dick, sin hacer más comentarios.

Se bebió una taza de café, pero dejó intacto el suculento desayuno que yo acababa de prepararle.

—Dick, ¿por qué no me lo cuentas todo? —supliqué—. Estoy segura de que llegaré a enterarme, antes o después.

Se sentó junto al ventanal y encendió un cigarrillo, más excitado de lo normal.

—Lo temí —suspiró—-. Sospechaba que no me sería posible disimular la verdad —confesó, tras lanzar al aire una bocanada de humo.

—Habla, por favor.

Me dijo que había ido a visitar a Bill Karby, el viejo trampero al que había tenido que escayolar una pierna fracturada, dos semanas antes.

Karby padecía de asma y Dick estaba administrándole un tratamiento intensivo.

—Cuando terminé de inyectarle, me miró y dijo: «¿No sabe lo ocurrido, doctor Jarvis?» Supuse que se refería al funeral nocturno, pero Karby declaró secamente: «Los lobos devoraron de madrugada a Sarah Bryte.»

Dejé escapar un gritito de pánico, pero Dick siguió hablando, dispuesto ya a no ocultarme nada.

—Como no me fiaba mucho de Karby, que es un insaciable bebedor de ron, descendí hasta la capilla y penetré en ella. El piso de tablones estaba manchado de sangre y esparcidos alrededor vi unas rubias guedejas... ¡Era lo único que las bestias habían dejado de la pobre muchacha, sus cabellos!

No dije nada, porque la voz se había estrangulado en mi garganta y mis labios temblaban.

—Hablé con Tob Harris y algunos otros hombres. Se mostraban huraños y reacios a hacer- ninguna declaración acerca de lo sucedido la madrugada anterior, pero les amenacé con llamar por radio a la Policía Montada, y finalmente confesaron lo ocurrido...

Una manada compuesta por más de cincuenta lobos irrumpió en Kenton Mouth cuando los fanáticos ciudadanos abandonaban la capilla.

La gente escapó, enloquecida, en todas direcciones, ansiosos por

guarecerse en sus casas.

La única persona que quedó en el interior de la capilla fue... Sarah Bryte.

La rubia adolescente estaba vistiéndose su túnica iras del altar, cuando los lobos irrumpieron en la capilla.

—Debió ser algo horrible. Y esos hombres... ninguno tuvo valor suficiente para echarse a la calle, con un rifle en las manos, e intentar salvarla. Como te he dicho, en la capilla sólo quedaban sus cabellos y su túnica negra convertida en jirones —declaró Dick, colérico.

Yo recordaba el agudísimo alarido que escuchara la noche anterior, poco después de que los lobos galopasen en manada por las calles de Kenton Mouth.

Ahora ya sabía que aquel alarido había brotado de la garganta de la infeliz Sarah Bryte.

Me la imaginé en mitad de la capilla, pálida, rígida; de espanto, aguardando la acometida de las bestias..

Y luego, su garganta destrozada por los agudísimos colmillos, su sangre empapando el piso, sus entrañas; devoradas por los hambrientos lobos...

Un sollozo brotó de mi garganta y oculté mi rostro entre las manos.

Dick me rodeó con sus brazos y acarició mis mejillas.

—Es horrible, ¡horrible! —musité—. ¡Por amor de Dios, Dick, tienes que hacer algo para sacarme de aquí!

El se separó bruscamente de mí.

Aparté las manos de mi rostro y le miré.

Dick estaba junto a la ventana y miraba hacia fuera con expresión sombría.

—Mi radio está inservible —confesó con voz ronca—, Alguien debió penetrar en esta casa, en mi ausencia y la destrozó a golpes. No podremos comunicarnos con la policía. Sólo tenemos una esperanza: que amaine la tempestad de nieve y las máquinas de obras públicas dejen transitable la carretera.

—Es decir, que estamos metidos en una trampa —respondí, desesperada.

Dick se separó de la ventana y tomó una botella de whisky, de la que se sirvió medio vaso de licor.

Bebió un largo trago y se volvió hacia mí.

—Tú lo has dicho: en invierno, Kenton Mouth se convierte en una maldita encerrona. Pero no estoy preocupado, sólo impresionado por la horrenda muerte de esa pobre muchacha. Mientras tenga mi rifle y suficiente munición, no temeré a nada ni a nadie...

—Dime, Dick, ¿de qué te serviría el rifle si el diabólico Moloch consiguiese penetrar en esta casa? —Exclamé, con desesperanza—. Tú y yo hemos comprobado que las balas nada pueden contra él...

Dick intentó desviar la conversación.

—Eso me recuerda que tus maletas están abajo. Traje el «Land-Rover» hasta aquí, aunque me costó mucho esfuerzo arrancar el motor —me dijo.

—¿Hablaste con Frank? —quise saber.

Asintió.

—Le expuse cuanto te había ocurrido y le eché en cara que te hubiesen dejado desamparada durante la noche. Frank parecía muy afligido e incluso declaró que comprendía que tú te sintieses aterrada. Confesó que había tenido a los perros sin comer durante varias jornadas, como consecuencia de estos días de luto por la muerte de tu tía.

Cuando Dick le habló acerca del dogo que trataba de desenterrar el cadáver de tía Lorraine, Frank se mostró muy impresionado.

—Me pidió que le acompañase al viejo almacén donde había sido sepultado el féretro. Quedé helado de espanto al contemplar aquella escena —declaró Dick. Y apuró su vaso de whisky.

—¿Qué escena? —inquirí.

—El féretro estaba destrozado y el cadáver había desaparecido.

—¡Los lobos! —exclamé, estremecida.

—No. Las bestias hubieran devorado, en primer lugar, el cadáver del dogo, que estaba, sin embargo, intacto. Frank piensa que Lorraine ha abandonado su tumba para reunirse con sus amigos, los lobos.

—Es decir, piensa que tía Lorraine ha resucitado... —exclamé, estupefacta.

—Sí.

—Pero eso... ¡es absurdo! —grité.

—Es absurdo, en efecto; pero lo cierto es que no hay rastro del cadáver de Lorraine. Frank y yo lo comprobamos minuciosamente e incluso registramos la casa de arriba abajo. No hay duda que el cadáver ha desaparecido misteriosamente.

—Estoy segura de que lo han robado para influir en los crédulos ciudadanos de Kenton Mouth. Ellos piensan que tía Lorraine tenía sangre de vampiro y ahora imaginarán que ella ha escapado al bosque para guiar a las manadas de lobos a cometer terribles carnicerías. 0 algo semejante.

—Sospechas de Frank, supongo —insinuó Dick.

—¿Por qué no? Desde el primer momento comencé a sospechar que los Hardin ocultan algo —respondí.

—En ese caso, debo declarar que Frank se mostró muy asustado, casi aterrado, cuando me mostró el féretro destrozado. Y puedo asegurarte que su miedo no era fingido. Por otra parte, hay algo que me inquieta...

—¿De qué se trata?

—Ese ataúd destrozado. Si alguien estuviera interesado en robar el cadáver con el fin que fuere, ¿para qué necesitaba romper el féretro?

Me mostré pasmada de asombro.

—En tal caso..., ¿tú piensas que tía Lorraine ha resucitado en verdad? —grité—. ¡Eres un médico, Dick, un científico, un intelectual...! Por otra parte, ¿has olvidado que tía Lorraine llevaba varios días muerta cuando fue enterrada? No hay duda de que estaba muerta y bien muerta. Y además... cometieron con ella esa horrible salvajada de arrancarle los ojos...

Dick se alzó vivamente del asiento que había tomado.

—A veces, querida Candy, ni siquiera yo sé qué pensar. Ya te dije que el ambiente de Kenton Mouth es peligroso, deletéreo, capaz de alterar la mente más equilibrada... En cuanto a lo de los ojos de Lorraine, hablé con Frank.

-¿Y...?

—Aseguró que tu tía había donado sus ojos al hospital de Sakastoon. Frank declaró que el mismo día del fallecimiento de Lorraine vino un experto cirujano de Sakastoon y se los extirpó.

—¿Cómo no lo supiste tú? —pregunté inmediatamente.

—Me encontraba en la montaña, atendiendo a la esposa de Tob Harris en su tercer parto. Yo no pude hacer otra cosa que certificar la muerte de Lorraine, pues no era necesario practicar la autopsia, toda vez que la causa del fallecimiento aparecía muy clara.

Me incorporé de un salto.

—Dick, Frank te ha mentido —grité, furiosa—. Soy doctora en Medicina y Cirugía y puedo asegurarte que aquella carnicería no era obra de un experto cirujano, sino más bien de un grosero matarife.

—¿Estás segura? —preguntó Dick, impresionado.

—Absolutamente. Frank ha mentido y ello me afirma en mi, sospecha de que trata de ocultar algo inconfesable.

—En tal caso, nos conviene callar, por el momento —decidió Dick—. Esperaremos hasta que la carretera esté transitable. Y entonces, con el pretexto de acompañarte a Sakastoon, informaré de todo ello a la policía. Esa es mi obligación, puesto que en Kenton. Mouth no existe ninguna representación de las autoridades canadienses.

Asentí.

No existía otra solución que aquella que acababa de apuntar Dick: esperar.

CAPITULO XI

El viento estaba en calma.

A través de los cristales, contemplé las moles rocosas que cerraban la entrada al valle.

Los altísimos farallones estaban cubiertos de una espesa capa de nieve endurecida.

Sin embargo, unas horas antes acababa de producirse un luctuoso accidente. Una de las casas más próximas al pie de uno de los farallones había quedado sepultada bajo un alud de más de un centenar de toneladas de nieve y hielo.

Bajo los enormes témpanos helados habían perecido Chad Granjer, su esposa y sus siete hijos, todos ellos menores de veinte años.

En lugar de buscar sus cadáveres bajo el alud, los vecinos de Kenton Mouth habían preferido dejarlos allí hasta la llegada de la primavera.

¿Motivo? Sencillamente, pensaban que allí los cadáveres estarían a salvo de la voracidad de las bestias hambrientas.

Dick había permanecido todo el día en mi compañía. El se había esforzado animosamente en reparar su receptor emisor de radio, pero todo fue inútil, puesto que la mayoría de sus elementos estaban destrozados.

Oscurecía ya cuando alguien llamó desde el exterior a grandes voces:

—¡Doctor Jarvis, doctor Jarvis!

Dick descendió y volvió unos minutos después.

—Tengo que ir a visitar a Charles Deacon, el vigilante de la serrería, a unos tres kilómetros de Kenton Mouth. A juzgar por la descripción que me ha hecho su hijo, Deacon padece apendicitis. Probablemente tendré que operarle —explicó.

—¡No puedes dejarme aquí! —exclamé, temblorosa.

Dick estaba ya preparando su maletín quirúrgico.

—Me gustaría llevarte conmigo, Candy. Me serías muy útil, si tengo que operar a Deacon. Pero ya sabes que debo inyectar a Bill Karby cada mañana y cada tarde si quiero evitar que el asma le ahogue durante la noche. Te ruego que te quedes aquí y vayas a inyectarle dentro de media hora.

—Pero, ¡Dick!

—Tienes tu carabina y ese cuchillo de monte. Apenas tardarás diez minutos en volver. Enciérrate en esta casa y no abras a nadie hasta que me veas en la calle —dijo Jarvis apresuradamente.

Me besó fugazmente, se embutió en su chaquetón de pieles y descendió la escalera hasta la planta baja.

Oí el relincho de su caballo y corrí a la ventana.

Dos jinetes se alejaban al trote de sus caballos, calle abajo.

Jamás me he sentido más desamparada que en aquel momento.

La confortable vivienda del doctor Jarvis se cubrió rápidamente de

sombras y yo me estremecí de soledad y miedo.

Encendí todas las luces de la casa, guardé el cuchillo de monte en la caña de una de mis botas y apreté junto a mi pecho la carabina.

Pasaron los minutos lentamente.

Eran las seis: la hora de abandonar la casa e ir a poner la inyección a Bill Karby.

Dick me había dejado sobre la mesa una carterita de piel con el equipo de inyecciones y el específico a inyectar a Karby.

Me puse el chaquetón, recobré la carabina y descendí.

Se había hecho de noche por completo y los escasos puntos de luz de Kenton Mouth simulaban débiles luciérnagas en la densa oscuridad de la noche.

Dirigí una mirada a lo alto.

Los altísimos farallones se destacaban en el firmamento como amenazadores y silenciosos centinelas de la aldea.

¿Y la llave?

Dick no me la había entregado ni yo sabía dónde podría encontrarla.

Subí de nuevo, busqué y rebusqué, pero no la encontré.

Finalmente, descendí de nuevo.

Tendría que dejar la puerta abierta. Al fin y al cabo, sólo tardaría unos minutos en regresar.

La vivienda del solitario Bill Karby estaba situada en una calle próxima, a menos de cien metros de distancia.

Así y todo, preferí introducirme en el «Land-Rover» y trasladarme hasta allí en el coche, donde en caso de peligro me sentiría más protegida.

Puse el motor en marcha y arranqué despacio.

No me crucé con una sola persona en todo el trayecto. Las calles aparecían solitarias, desoladas.

De la chimenea de la pequeña casa de madera de Karby brotaba una columna de humo.

Frené justamente ante la puerta, tomé la carabina y descendí.

Tuve que golpear en la puerta varias veces antes de que se oyeran unos pesados pasos arrastrados.

La puerta se abrió unos milímetros y alguien me miró a través de la estrecha rendija.

—Supongo que es usted la doctora Rogers —exclamó el anciano, franqueándome la entrada.

—Sí. Dick, es decir, el doctor Jarvis ha tenido que salir para atender a un hombre llamado Deacon. Me encargó que le atendiese yo —dije.

—Adelante, adelante. Pase —me invitó Karby.

Me guió hasta el hogar, donde ardía una alegre y viva lumbre de troncos.

Observé a .Bill Karby.

Era un hombre de unos setenta años, de cabellos y barba canos, casi blancos, de contextura maciza, estatura media y rostro bermejo y pícaro.

Su aliento olía a ron. Y en cuanto se sentó junto al fuego, tomó una botella y se administró una buena dosis de licor.

—¿Quiere? —invitó.

Pero yo denegué con el gesto.

—No debiera beber tanto, señor Karby —le amonesté—. Es perjudicial para su asma.

Rió de buena gana, a grandes carcajadas.

—¿Y qué quiere que haga en un maldito lugar como éste? El alcohol es mi único y leal amigo, doctora Rogers. Si no fuera por el ron, ahora mismo estaría adorando a Satanás, como hacen los demás.

Bebió un nuevo trago para tomar ánimos ante la inminencia del pinchazo, pues como descubrí poco después, aquel anciano socarrón y bienhumorado, que no temía a los aludes, al frío ni a los lobos, se echaba a temblar en cuanto veía una jeringuilla hipodérmica.

Le ordené que se echase sobre el camastro y rápidamente le puse la inyección y regresé junto al fuego.

—Supongo que ha venido a hacerse cargo de su herencia, doctora Rogers —dijo cuando, poco después, se acercó arrastrando su pierna escayolada, al hogar.

—¿Herencia? —pregunté, pasmada de asombro.

—Vamos, muchacha, no disimule. Lorraine me dijo en secreto que pensaba dejarle a usted un buen pico. Exactamente la mitad de lo que Hal Burén encontró en Mole's Burrow.

Como puede suponerse, mi asombro fue in crescendo.

—Así que Burén encontró oro en el viejo cementerio indio... —comenté, como si en realidad estuviera al tanto del asunto.

—Burén era un granuja —declaró Karby—, Desconfiado, trató de ocultar a todos su hallazgo. Pero yo le vi una tarde, cuando regresaba de la montaña con una recua de mulos tan cargados que los cascos de los animales se hundían profundamente en la tierra...

—Supongo que encontró un buen filón...

—¿Filón? ¡Ja, ja, ja...! Usted no conocía a Hal Burén: era el tipo más vago que he conocido... No, no encontró un filón. Ya le digo que el oro lo encontró en Mole's Burrow. Burén andaba husmeando siempre en la caverna, sin reparar demasiado en las advertencias que le hacía la gente de Kenton Mouth...

—¿Advertencias?

—Los indios maldicen a cuantos profanan sus cementerios. Pero Burén había «olido» el oro. Buscó y rebuscó entre los nichos excavados en la roca viva y finalmente encontró lo que buscaba: un verdadero tesoro en objetos de culto indígena. Auténticas joyas de oro macizo, purísimo, con centenares de piedras preciosas engarzadas.

Según Karby, Hal Burén había ido trasladando todo ello —el tesoro— de forma solapada y en el mayor secreto a Saleastoon.

—Tuvo que informar de su hallazgo a las autoridades, que tasaron las joyas y le entregaron el sesenta por ciento de su valor. Según Lorraine, algo más de tres millones de dólares...

Karby tomó la botella y me la ofreció.

Ahora sí. En un movimiento inconsciente, acepté la botella y bebí un buen trago.

El fuerte licor hirió mi garganta y casi me ahogó. Pero un momento después me sentía inundada por una agradable sensación de calor y energía.

—Supongo que los habitantes de Kenton Mouth saben que mi tía era rica... —comenté.

Karby se atizó un largo trago de ron.

—No lo creo —confesó—. Burén me pidió que lo mantuviera en secreto... a cambio de lo cual me entregó mil dólares. Yo no he dicho nada a nadie, excepto, ahora, a usted... porque creí que estaba al tanto, puesto que Lorraine, cuando en cierta ocasión hablamos de ello, me dijo que pensaba nombrarla a usted en su testamento.

De repente, me alcé de mi taburete junto al hogar.

Mi reloj de pulsera marcaba ya las siete y media de la tarde.

Me había distraído con la conversación del viejo Karby y era demasiado tarde, por lo que me despedí de él rápidamente, ansiosa por volver a casa de Dick.

Bill me ofreció un nuevo trago «para el camino», según dijo, pero yo rehusé su ofrecimiento, pues sentía arder la sangre en mis venas.

Renqueando me acompañó hasta la puerta y me despidió afablemente.

Subí al coche, di la vuelta y ascendí calle arriba, sumida en un torbellino de ideas disparatadas.

Así que tía Lorraine era rica...

Ahora se comprendía que Frank Hardin, un hombre joven, fuerte y atractivo hubiera aceptado contraer matrimonio con una mujer de más de sesenta años.

Sumida en estos pensamientos, llegué ante la casa de Dick Jarvis. Detuve el «Land-Rover» junto a la puerta y descendí.

Carabina en mano, dirigí una desconfiada mirada a los alrededores.

No pude percibir una sola luz a través de las ventanas de las casas, tapadas con gruesas contraventanas, donde se amontonaba la nieve.

Kenton Mouth semejaba un gran cementerio... de personas vivas.

Empujé la puerta, que había dejado encajada al salir.

La escalera permanecía en tinieblas.

No brillaba una sola luz... aunque yo las había dejado todas encendidas al salir.

CAPITULO XII

A pesar del trago de ron ingerido en casa de Bill Karby, un frío intenso, absoluto, me paralizó ahora.

¿Quién había apagado las luces?

Mi corazón se desbocó de repente y mi frente se inundó de sudor.

«Calma, calma —me dije a mí misma—. Es posible que Dick haya vuelto. El debió apagar las luces. Quizá se encuentre arriba ya.»

Era una inútil esperanza, puesto que yo acababa de ver las -ventanas del piso superior y ninguna luz brotaba del interior.

Tenebrosos augurios llegaron a mi mente.

Retrocedí dos pasos, descendí hasta la calle y me apoyé en la carabina.

No estaba dispuesta a subir hasta que Dick hiciera acto de presencia.

¿Adónde podía ir, dónde sentirme protegida?

En ninguna parte. Kenton Mouth, en su totalidad, me resultaba hostil, tenebroso, repugnante.

«Tal vez se haya estropeado un fusible», imaginé, esperanzada.

Pero yo no sabía dónde estaban los fusibles ni estaba dispuesta a adentrarme en la casa a oscuras.

De repente, oí aquel gruñido animalesco en lo alto de la escalera.

Vi brillar dos puntitos dorados, fosforescentes.

Retrocedí de un salto, ansiosa por ganar la protección de mi coche.

Pero Moloch saltó sobre mí y me derribó sobre el hielo.

Juntos nos deslizamos sobre el piso helado. Inconscientemente, apreté el gatillo de la carabina y el disparo atronó mis oídos.

El enorme animal se incorporó a cinco metros de mí, aturdido.

¡Gruñía, gemía, parecía dispuesto a huir...!

Pero la voz resonó, enérgica:

—¡Ataca, Moloch, mátala!

Miré hacia la puerta.

Y gemí, aterrada.

Era una mujer.

Alta, de largos cabellos rubios, vestida con una túnica negra.

¡Era... tía Lorraine!

—¡Ataca, destrózala, mátala! —vibró su voz, con intenso odio.

Locamente me incorporé y disparé una y otra vez hasta que el percutor de la carabina golpeó en vacío.

El corpulento Moloch se acercó lentamente a mí.

—¡Mátala!

Las zarpas de la bestia parecían de acero, a juzgar por el chirrido que producían sobre el hielo.

No lo parecían: eran de acero.

Cuando el animal saltó sobre mí, yo vi brillar sus zarpas. Rápidamente

rodé por el suelo.

Y entonces de mi bota se escapó el gran cuchillo de monte que Dick Jarvis me había confiado.

Con movimientos torpes, saqué la hoja de la funda de piel de gamo.

Moloch había errado su primera tarascada, pero volvía ya sobre mí.

Producía en su garganta unos gruñidos tan potentes y vibrantes que el pavor se apoderó de mí.

Su mole se alzó en el aire.

Desesperada, yo alcé con fuerza mi brazo armado y hundí profundamente el cuchillo en su pecho,

Moloch dejó escapar un gruñido agónico y se desplomó sobre mí.

Su sangre, caliente, derritió el hielo. El animal se estremeció intensamente y quedó inmóvil.

Pero yo había perdido el control y seguía apuñalándole una y otra vez, sin prestar atención a mis manos empapadas en sangre.

Sólo me detuve cuando comprobé que un trozo de piel se desprendía del cuerpo de Moloch.

¿Cómo era posible?

Tiré con fuerza de la suave piel parduzca y... se desprendió.

Debajo apareció el pelaje corto y claro de un perro dogo.

Bajo la piel ficticia, alguien había cosido el material empleado en los chalecos antibala.

Sin salir de mi asombro, examiné sus patas y comprobé que a Moloch lo habían dotado de unas zarpas metálicas de afiladísimas uñas.

¡He aquí el monstruo, tendido a mis pies!

A Moloch, en el que se había reencarnado el diablo, las balas no podían hacerle el menor efecto, puesto que alguien se había ocupado de vestirle con un chaleco antibalas bajo la falsa piel de lobo.

Me alcé lentamente del suelo, aún dominada por la agitación más intensa.

El espectro estaba aún en la puerta de la casa del doctor Jarvis.

En cuanto me vio en pie trató de huir.

Su holgada túnica negra como la noche flotó en el aire como una sombra fantasmal.

Un extraño ardor me dominaba. Y salté sobre ella con el cuchillo en alto.

—¡Quieta! —grité con todas mis fuerzas.

Se detuvo un momento y me miró con terrible fijeza.

—Aléjate, Candy —pronunció con voz helada—. Aléjate de mí o mi simple contacto te arrastrará al mundo de las Sombras.

De repente, yo prorrumpí en una nerviosa carcajada.

—No creo en los fantasmas, querida tía Lorraine —exclamé, apretando el cuchillo en mi mano derecha—. Así pues, quédate dónde estás o... comprobaré si, efectivamente, los fantasmas son de carne y hueso.

Su reacción fue tan fulminante que me cogió desprevenida.

De sus fauces brotó un chillido agudísimo y sus manos como zarpas se

elevaron en el aire.

Inmediatamente saltó sobre mí, que permanecía paralizada tras oír su espantoso alarido.

Me derribó salvajemente y el cuchillo se fue de entre mis dedos.

Juntas rodamos sobre el hielo.

Sentí sus zarpas sobre mi rostro, y la sangre corrió, tibia, por mis mejillas.

En un ademán desesperado me aferré a sus rubios cabellos. Su cabellera se quedó entre mis manos.

—¡Adela! —grité sobrecogida.

Era Adela Hardin, con el rostro empolvado de blanco y los ojos brillantes como ascuas.

Súbitamente me agarró por los hombros y estampó mi cabeza contra el suelo con indescriptible furia.

Sus facciones empolvadas estaban crispadas por el ansia homicida.

Lancé un alarido cuando mi cráneo golpeó contra el hielo por vez primera.

—¡Por... por... caridad! —gemí.

Pero Adela, enfebrecida, seguía golpeándome con saña.

Súbitamente una luz azulada estalló en mi cerebro. Exhalé un gemido y perdí el conocimiento.

* * *

Dick Jarvis alcanzó las primeras casas de Kenton Mouth hacia las diez de la noche.

Contra su pronóstico, la apendectomía practicada a Charles Deacon le había llevado más tiempo del calculado.

Había tenido que operar a Deacon a vida o muerte, puesto que su apéndice estaba ya perforado cuando Jarvis abrió el vientre del paciente.

Luego hubo de permanecer durante hora y media reanimándolo hasta que Deacon se encontró en situación de sobrevivir.

—Le acompañaré hasta Kenton Mouth, doctor —se ofreció el animoso Charly, el hijo mayor de Deacon, un muchacho de diecisiete años.

—No es necesario —respondió el médico—. ¿No has visto que puse en los cascos de mi caballo unos excelentes slidings (Pequeñas raquetas de hierro que se colocan en los cascos de los caballos para permitirles cabalgar sobre parajes helados). Estaré en Kenton Mouth en menos de un cuarto de hora. Ahora sólo debes preocuparte de cuidar a tu padre, Charly.

Los Deacon eran tres: el padre, Charles Deacon; Helen, su esposa, una mujer tullida que apenas podía moverse, y Charly, su hijo, que era el único hábil de los tres.

En tales circunstancias, Dick Jarvis estaba dispuesto a enfrentar todos los obstáculos a cambio de que Charly se quedase al cuidado de sus padres.

Aceptó un buen trago de whisky escocés, animó a Deacon, se despidió de su esposa y permitió que Charly le acompañase hasta la puerta.

—Volveré mañana, Charly —prometió, tras acariciar los rebeldes cabellos rubios del muchacho—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Descuide, doctor Jarvis —respondió el chico, animoso.

Jarvis montó a caballo y se alejó.

El animal se hundía a veces hasta el pecho en aquellos lugares en que la nieve estaba todavía blanda, pero muy cerca de las diez el médico se encontraba a la entrada de la aldea.

En la lejanía había visto brillar unas luces en la capilla del reverendo Madison.

«¿Una nueva ceremonia diabólica?», se había preguntado Jarvis, furioso.

Desmontó muy cerca de la capilla y se aproximó llevando su caballo de la brida.

Se sentía sumamente intrigado. ¿Cuáles eran las circunstancias que provocaban la reunión en el destartalado barracón...?

En realidad, Jarvis ansiaba reunirse cuanto antes con la doctora Candy Rogers, pero sentía tanta curiosidad que, finalmente, decidió perder unos minutos con el fin de averiguar lo que ocurría.

Acarició el cuello de su caballo y una vez tranquilizado el animal, se aproximó a la capilla llevándolo de la brida.

Atisbo a través de las múltiples rendijas.

Había mucha gente en el interior del templo.

La mayoría eran hombres, aunque había también algunas mujerucas embutidas en abrigos de pieles.

La que hablaba era, evidentemente, una mujer, aunque Jarvis no pudo verla en los primeros momentos.

Pero sí podía escuchar sus frases vibrantes, llenas de odio.

—¡Es ella, ella! ¡Ya os previne: la sobrina de Lorraine suponía un peligro para toda la comunidad! La noche en que celebrábamos el funeral con el que pretendíamos alejar de nosotros el espíritu de Lorraine, ella, la doctora Candy Rogers... ¡vagaba por las calles de Kenton Mouth guiando a esas bestias carniceras! ¡Recordad, recordad...! Yo abandoné este lugar, guiada por el instinto... ¡Sabía que alguien nos amenazaba! ¡Y la vi...! Corría velozmente a través de las calles, al frente de la manada de lobos, los guiaba hasta aquí... Sólo puede hacer una cosa: refugiarme en mi casa. Luego... las bestias llegaron aquí y... la pobre Sarah... murió... destrozada por esas bestias inmundas que guiaba la doctora Rogers...

Dick se estremeció de rabia y de indignación. ¿Cómo era posible que Adela Hardin pronunciase aquellas insensatas acusaciones?

Pero Adela seguía hablando con voz vibrante. Era evidente que conseguía atraer la atención de todos los reunidos.

—Debo decíroslo de una vez por todas: Lorraine se ha reencarnado en la doctora Rogers. La sangre inmunda de Lorraine ha encontrado cobijo en el cuerpo de esa muchacha llamada Candy Rogers. Si queréis sobrevivir, os aconsejo que pidáis socorro al Gran Poder, que coloquéis ristras de ajos en

vuestras puertas y, sobre todo, que hundáis docenas de estacas de pino "en el pecho de Candy Rogers. Sólo así nos sentiremos a salvo.

—¡Hay que matarla! —rugió Charlie Blacks, ebrio de ginebra.

—¡Sí, sí! —Rugieron al unísono docenas de gargantas—. ¡Matémosla!

Ya se había iniciado la salida hacia la puerta, cuando Adela Hardin les obligó a detenerse con un grito.

—¡Esperad!

Cuarenta rostros se volvieron hacia ella.

—También debemos librarnos del doctor Jarvis. El desaprueba nuestros ritos y parece dispuesto a denunciarnos. Jarvis supone, igualmente, un peligro cierto para nuestra comunidad y nuestros intereses. Reflexionad: Jarvis debe desaparecer.

—Jarvis... es nuestro médico —dijo alguien con voz temblorosa—. ¿Qué será de nosotros si le matamos?

—El Gran Poder nos protegerá —respondió Adela Hardin con voz helada —. Por otra parte, ninguno de nosotros debe temer. Despedazaremos sus cuerpos y los arrojaremos a los lobos. De ninguno de los dos quedará rastro. Nadie tendrá que responder a las preguntas de la policía.

Jarvis se estremeció.

Sintió miedo, sí.

Un miedo hondo, animal.

No quiso esperar más. Montó a caballo y se alejó al galope.

Apenas había doblado la próxima esquina cuando unos ochenta hombres y mujeres abandonaron la ermita exhalando alaridos escalofriantes.

CAPITULO XIII

Oí unas voces que murmuraban, inseguras, la interminable salmodia.

—Lucifer, ora pro nobis.

—Belial, ora pro nobis.

—Belcebú, ora pro nobis.

—Sammael...

—Astaroth...

—Lucifuge Rofocale...

—¡Lucifuge Rofocale!

—¡LUCIFUGE ROFOCALE!

Y de pronto me sorprendí a mí misma meditando.

«Es lógico: imploran a Lucifuge Rofocale, el Diablo encargado de todas las riquezas y tesoros del mundo», pensé.

Invocaban al Diablo... para que me arrebatase la herencia que tía Lorraine había tenido la voluntad de dejarme.

Docenas de rostros monstruosos, diabólicos, poblaban mi mente.

Ahora era la cabezota del falso Moloch, luego los rostros estirados, arrugados y narigudos de las viejas beatas de Kenton Mouth, luego las finas facciones cadavéricas de Sarah Bryte, con el cuello destrozado a dentelladas...

Las ventanillas de mi nariz se dilataban en un ansia loca por respirar, por sobrevivir a aquel horror.

De repente, no sentí ya miedo alguno.

Mi cuerpo se inundaba de un calorcillo reconfortante y mi cuerpo se movía a impulsos rítmicos.

Alcé un brazo y palpé con mis dedos la sangre seca, congelada, que manchaba mis mejillas.

«La huella de las uñas de Adela Hardin», pensé.

Abrí los ojos.

Una claridad opaca, evanescente, inundaba el firmamento.

Traté de incorporarme, pero unos brazos fuertes me sostuvieron con gran firmeza.

—Vamos, Candy. No ocurre nada. Estoy contigo. .

Era Dick Jarvis.

¡Y estábamos cabalgando en mitad de la noche helada...!

—¡No quiero ese dinero! —grité, fuera de mí, rígida como un cable de acero.

Los labios de Dick rozaron suavemente mi frente.

—Calma, calma, chiquita... ¿A qué dinero te refieres? —susurró.

Se lo fui explicando todo, a medida que su caballo avanzaba penosamente sobre la nieve, llevándonos a los dos lejos de Kenton Mouth.

Le hablé acerca de la conversación sostenida con Bill Karby, del tesoro que Hal Burén había encontrado en el cementerio indio, de mi desesperada

lucha contra el falso Moloch...

Dick puso en mis labios el gollete de una botella de whisky y dijo:

—Bebe, Candy. Estamos a veinticinco grados bajo cero.

Bebí.

El licor embriagó mis sentidos y llenó, casi instantáneamente, mi cuerpo de calor.

—Es decir, que Adela Hardin mantenía a esos dogos hambrientos con el único fin de que devorasen a la primera persona que encontrasen en su camino —dijo Dick junto a mi oído.

—Eso es lo que creo, aunque supongo que Frank, su hermano, estaba de acuerdo con ella. Ahora todo está claro. O casi todo. Vestían a uno de los hambrientos dogos con una piel de lobo y lo soltaban al anochecer con el fin de que cundiera el pánico —respondí.

—Pero... ¿con qué fin? —inquirió Jarvis.

—Creo que todo formaba parte de un complot perfectamente estudiado. Adela debió impulsar a Frank a casarse con mi tía en cuanto supo que Lorraine era rica. Tal vez tuvieron acceso al testamento o quizá tía Lorraine habló alguna vez de mí. En cualquier caso, ellos no estaban dispuestos a compartir conmigo el dinero de Lorraine, eso es evidente.

—Ya voy entendiendo. Criaron esos peligrosos perros con el fin de...

—A tía Lorraine no la mató ningún lobo, sino uno de esos dogos... Pero la gente imaginó lo que Adela y Frank pretendían que imaginasen. Hicieron prosperar la historia de Moloch, el lobo diabólico, e incitaron a los crédulos habitantes de Kenton Mouth a caer en la aberración que suponen esas ceremonias satánicas. Utilizaron la manía de mi tía de subir al bosque a alimentar a los lobos y la relacionaron con unas supuestas tendencias vampíricas...

—¿Crees que pensaban... asesinarte? —preguntó el doctor, estremecido de cólera y de espanto.

—En principio, sólo intentaron asustarme. Aquella primera horrible noche en la cocina, con las diabólicas viejas invocando a todos los diablos... Después la amenaza de los lobos, la aparición de Moloch... En verdad, creo que me hubieran dejado ir de buena gana, pero el tiempo se puso en contra de ellos. Y decidieron eliminarme. ¿No crees que es un milagro que todavía esté viva?

Dick me apretó contra sí.

Durante unos minutos permanecimos en silencio.

Arriba, las nubes corrían veloces. La luna, tamizada, arrojaba sobre el bosque una luz espectral, lechosa, irreal.

El caballo resoplaba, fatigado.

Al borde de una vaguada, Dick tiró de las riendas y el caballo se detuvo.

Me incorporé y miré hacia atrás.

En Kenton Mouth se elevaba una imponente hoguera.

—¡Es... es tu casa, Dick! —gemí, espantada.

Jarvis carraspeó, exasperado.

—¡Esos salvajes...! —masculló—. Han debido sentirse chasqueados al registrar la casa y encontrarla vacía.

Noté que Dick buscaba algo en sus alforjas de cuero. Sacó unos prismáticos y oteó hacia la oscura hondonada.

—Han rociado de gasolina tu coche y le han prendido fuego, también —declaró, preocupado.

—Es decir: tratan de cortarnos cualquier vía de escape —susurré.

—Eso me temo —respondió Jarvis.

Me apreté contra él desesperadamente.

¿Qué iba a ser de nosotros, en mitad de la montaña, con una temperatura bajísima, abandonados a nuestras fuerzas...?

El caballo respiraba estertorosamente.

El pobre animal estaba casi reventado, tras la penosa galopada pendiente arriba.

—Es preciso dejarle descansar —propuso Dick. Y se echó al suelo, con el rifle prevenido.

También yo bajé. Y un intenso calambre dejó doloridos mis pies al caer sobre la nieve.

Dick me sostuvo entre sus brazos. Llevaba una gran canana en bandolera y una bolsa con provisiones a la espalda.

Dirigí mis ojos hacia la profunda hondonada y percibí una hilera de titilantes luces que se dirigían hacia el bosque.

—¡Dick! —grité.

—Ya lo sé —respondió—. No quise decirte nada para no alarmarte, pero les sorprendí reunidos en la capilla cuando regresaba de la serrería...

Me contó todo cuanto había escuchado aquella noche.

Y comprendí que no teníamos salvación.

—Estás temblando —susurró Dick, que me sostenía por la cintura.

—Vienen a matarnos, Dick —respondí, balbuceante.

Jarvis tardó en responder.

—No se atreverán a internarse en el bosque... de noche. ¡Temen demasiado a los lobos! —exclamó.

—Es posible —murmuré—. Pero Adela Hardin domina la voluntad de esos hombres. Ha sembrado entre ellos la superstición y el temor a lo sobrenatural. No repararán en nada con tal de destruirnos.

Las nubes galopaban veloces por el firmamento. Y en aquel instante la luna bañó con su claridad las estribaciones de la montaña.

—Sigamos adelante —propuso el doctor Jarvis—. Muy cerca de aquí está esa caverna llamada Mole’s Burrow. Se trata, en realidad, de un promontorio de unos ciento cincuenta metros de altura al que sólo puede llegarse a través de un puente natural, una especie de arco pétreo. Si consiguiéramos llegar allí, estaríamos a salvo por el momento, puesto que un solo hombre, con un rifle, puede cubrir perfectamente ese puente. ¡Mira al cielo! El tiempo va a

cambiar, está cambiando. La tormenta gira hacia el este y mañana es posible que las brigadas de obras públicas dejen libre la carretera. Probablemente, se presentará en seguida una unidad móvil de la Policía Montada, por si necesitamos su ayuda y entonces...

Dick me arrastraba rápidamente hacia las alturas, a través del espeso bosque de pinos.

El caballo lanzaba al aire grandes bocanadas de vapor, pero su paso era vivo y escalaba perfectamente el repecho.

—¡Aprisa, aprisa! —Exclamaba constantemente Dick, que escrutaba sin cesar las zonas más oscuras del bosque—. Hay que llegar a Mole's Burrow antes de que...

—¿Antes de que...? —exclamé, jadeante.

Nos detuvimos un momento para recuperar la respiración.

Un aullido próximo heló la sangre en mis venas.

Sólo entonces pude ver las docenas y docenas de puntitos luminosos que brillaban en lo más intrincado del bosque.

Dick pronunció una gruesa maldición entre dientes.

—Antes de que lleguen los lobos... —jadeó—. Pero ya es inútil. ¡Están ahí! Y es una enorme manada.

De un manotazo me atrajo contra sí, al tiempo que elevaba su rifle y se disponía a disparar.

Resbalé, y mi mano se desprendió de la de Jarvis.

Caí dando volteretas sobre la nieve a lo largo de la ladera.

Inútilmente traté de sujetarme sobre el piso helado o en los arbustos que emergían de la nieve.

Allá en lo alto, Dick gritaba desesperadamente:

—¡Candy, Candy, por el amor de Dios, detente!

Debí chocar contra algún tronco, porque dejé escapar un alarido de dolor.

Todavía mi cuerpo se deslizó unos metros cuesta abajo, hasta que mi cabeza golpeó contra una roca sobresaliente.

Y, bruscamente, se hicieron más espesas las tinieblas del bosque.

CAPITULO XIV

Creo que debí volver en mí pocos minutos después.

Oí un estampido.

Arriba, Dick Jarvis disparaba locamente sin precisar la puntería. Hasta que la recámara de su rifle estuvo descargada y hubo de detenerse para volver a recargar.

Abrí los ojos al sentir en mi mejilla una húmeda caricia.

Y lo vi.

Un lobo estaba lamiéndome.

Era un viejo macho poderoso, de enorme cabeza encrespada, ancho pecho y robustas patas.

Mi cerebro tardó unos segundos en comprender exactamente la situación.

Aquel feroz animal no me había atacado: ¡estaba acariciándome!

Alcé una mano y toqué sus húmedas fauces.

El lobo se plegó a mis caricias, sumiso.

Me incorporé levemente y el animal volvió a lamerme con suavidad.

Cerca de allí, vi muchos puntitos brillantes que acechaban en la penumbra del bosque.

Dos lobos se aproximaron a mí.

Gruñían sordamente. Parecía inminente su ataque, pero el gran macho que estaba junto a mí saltó sobre ellos y los derribó.

Quedé pasmada de asombro al contemplar la singular escena: los dos animales que habían intentado atacarme estaban en el suelo y Ofrecían sus gargantas al vencedor.

Era el jefe de la manada, no cabía duda, puesto que su autoridad sobre las otras bestias parecía indiscutible.

Le oí gruñir por lo bajo y los dos lobos se alejaron.

—Bien hecho —dije. Y me sorprendí a mí misma.

Me puse en pie y el gran macho vino a rozar su cuerpo contra mis piernas.

¿Cómo era posible tal milagro?

Yo no podía entender cómo una bestia feroz, sanguinaria, hambrienta, temible, me defendiera ante otros individuos de su especie y llegase junto a mí, manso y sumiso.

Súbitamente lo comprendí todo, sin embargo.

Yo tenía la misma estatura, los mismos cabellos largos y rubios, la misma silueta, aproximadamente, y tal vez el mismo tono de voz que tía Lorraine.

¿No subía ella, cada tarde, a alimentar a los lobos al bosque?

Los fieros animales la respetaban, le estaban sumisos, si era verdad lo que yo había escuchado de labios de Dick Jarvis.

Y lo que ocurría, el verdadero milagro, era que los lobos me habían confundido con tía Lorraine.

Que estaban hambrientos, lo demostraba el conato de ataque de aquellos

dos jóvenes machos.

Pero el viejo y corpulento jefe de la manada, que seguía lamiendo levemente mi mano, no había olvidado el buen trato recibido de mi tía y me había protegido con decisión.

Arriba resonó el rumor característico de un rifle al ser montado. ¡Dick se disponía a disparar!

—¡No dispares! —grité, con voz suficientemente alta como para que Jarvis me oyera—. ¡Este animal no me hará ningún daño!

Dick maldijo entre dientes.

—¿Qué quieres que haga, entonces? —preguntó, inseguro.

—Cruza el puente y refúgiate en la caverna. Yo te seguiré en seguida —respondí.

—Pero...

—¡Hazlo, por amor de Dios! —respondí con voz enérgica.

Le estuve mirando hasta que desapareció entre los gruesos troncos de los pinos.

Acaricié la piel áspera, aunque tibia, del lobo, que seguía demostrándome una fidelidad sin límites. Y bendije en lo más profundo de mi corazón a tía Lorraine por sus rarezas, entre las que podía incluirse aquella de subir cada tarde al bosque para distribuir piltrafas de carne entre los hambrientos lobos.

Permanecí unos minutos más, inmóvil, acariciando la cabeza del imponente animal.

¿Qué ocurriría si yo me ponía en marcha, cuesta arriba? Más de cincuenta animales vagaban por las cercanías, describiendo círculos alrededor del lugar donde yo me encontraba junto al jefe de la manada.

—Vamos a subir —dije. Y el lobo elevó su hocico puntiagudo hacia mí, con expresión inteligente.

Di unos pasos y el animal me siguió como un inocente faldero.

A veces, uno de sus compañeros, más osado, se aproximaba a mí, pero el jefe de la manada gruñía sordamente y mantenía a sus congéneres a suficiente distancia.

Paso a paso, escoltada por los lobos, escalé la ladera.

Me detuve.

Al otro lado del estrecho pasillo rocoso que conducía hasta la caverna situada en el macizo promontorio, se encontraba Dick junto a su caballo.

Supongo que en aquellos momentos, el doctor Jarvis debía estar conteniendo el aliento, entre asombrado y aterrado.

—Bueno, amiguito —dije, acariciando la cabeza del lobo—. Aquí nos separamos. Jamás olvidaré que has respetado y protegido mi vida.

El animal me dirigió una mirada inteligente y tornó a rozar su enorme cabezota contra mis piernas.

Di unos pasos hacia el puente rocoso y me volví a mirar.

El jefe de la manada parecía haber comprendido perfectamente la situación. Inmóvil, contemplándome con gran atención, aguardó hasta que

hube cruzado el gran arco pétreo.

Luego oí su potente aullido y desapareció en el bosque.

Dick me abrazó apasionadamente.

—Supongo que jamás volveré a tener la oportunidad de presenciar algo semejante —comentó.

Los dos nos sentíamos maravillados. Cuando, rodeados por una manada de lobos, el final parecía próximo, había ocurrido el milagro.

Dick me tomó por los hombros y penetramos en la caverna.

Se trataba de una cueva baja de techo, pero muy amplia y profunda.

El lugar era impresionante. A izquierda y derecha, aparecían los nichos excavados en la roca, dentro de los cuales podían verse las apolilladas momias indias, a la luz de la linterna que Dick llevaba en la mano.

En otro momento cualquiera, hubiera sentido pánico, pero dadas las circunstancias, Mole's Burrow me pareció un cobijo seguro y confortable.

Dick preparó rápidamente en su interior una pequeña fogata, me abrigó en una manta y me invitó a dormir.

—¿Dormir? Estoy segura de que no seré capaz de conciliar el sueño —respondí, tensa.

—Inténtalo. Mañana necesitaremos de todas nuestras energías —insistió.

—Aún no sabemos si para nosotros llegará... mañana —gemí, temerosa y desesperada.

Dick encendió un cigarrillo, tomó el rifle y se alejó hacia la angosta entrada de la caverna.

Cerca de mí, el caballo piafaba levemente y en la lejanía resonaba el aullido de los lobos, lanzados a sus cacerías nocturnas.

Traté de obedecer los consejos de Dick y cerré los ojos para conciliar el sueño.

Pero inmediatamente surgió ante mí la horrible visión del rostro crispado de Adela Hardin, con sus malignos ojos destellando como ascuas.

Fue una horrible noche de tensión y espera. A cada momento aguardaba ver aparecer en tropel a los vecinos de Kenton Mouth, prorrumpiendo en espantosos alaridos.

Finalmente, el sueño y la fatiga me rindieron.

Desperté tosiendo secamente, pues la gruta estaba llena de humo. Por la puerta donde estaba apostado Dick penetraba una leve claridad grisácea: era de día.

Me alcé del suelo y corrí junto a Dick.

Unos sesenta jinetes estaban apostados en los linderos del bosque, a menos de cien metros de distancia.

Arrebaté a Dick sus prismáticos y miré a través de ellos con ansiedad.

Adela y Frank Hardin se mantenían al frente de aquella partida de fanáticos asesinos.

Junto a ellos estaba Charlie Blacks, que bebía brutalmente de una botella de ginebra.

Me estremecí de espanto al contemplar aquellos rostros brillantes, sudorosos a pesar de la bajísima temperatura. Vi sus facciones crispadas por el odio, sus labios apretados, sus ojos en los que se reflejaba el crimen...

—Atrapa tu carabina y disponte a disparar en cuanto esos granujas abandonen el bosque. ¡Ve! —ordenó Dick.

Volví con la carabina cargada. Pero mis manos temblaban: no estaba segura de poseer presencia de ánimo suficiente para disparar sobre aquellas personas, a pesar de que nuestras vidas pendían de un hilo.

Como si hubiera penetrado en mi mente, Dick me miró y dijo:

—No será preciso que dispares contra ellos. Apunta a sus caballos.

Aguardamos en absoluta tensión.

Las facciones del doctor Jarvis estaban pálidas y demacradas como consecuencia de la prolongada vigilia.

—¿Qué esperan para atacar? —pregunté, perdidos los nervios.

En aquel preciso instante, Charlie Blacks espoleó a su caballo y galopó sobre el puente, seguido de otros cinco hombres.

Dick comenzó a disparar rápida y certeramente. Y yo le secundé un poco después.

El caballo de Blacks se alzó de manos, lanzó un relincho agónico y se precipitó al vacío, arrastrando consigo a su jinete.

Otros tres caballos rodaron sobre el piso rocoso. Dos jinetes volvieron grupas apresuradamente, y los tres hombres desmontados emprendieron inmediatamente la retirada.

—No les dejaré pasar —murmuró Dick, entre dientes.

Los jinetes se reagruparon al borde del bosque. Parecían cambiar impresiones entre sí, y luego, bruscamente, desaparecieron.

—¡Huyen! —clamé, gozosa.

—No lo creas. Esos tipos están tramando algo. Esperemos —dijo Dick.

Transcurrió media hora. El firmamento estaba casi despejado de nubes y el sol lucía a intervalos.

Súbitamente resonó una explosión horrísona, muy próxima. Y el arco rocoso voló, desgajado en enormes peñascos.

Una nube de polvo lo cubrió todo. Luego la brisa sopló y arrastró el polvo. Miramos con ansiedad y advertimos que el estrecho paso había sido volado en una longitud de treinta metros: estábamos atrapados en una trampa de la que nos sería imposible escapar.

—Bajaron al valle y uno de ellos colocó una carga de explosivos bajo el puente. Ahora...

Dick se interrumpió al oír aquel rumor sordo, profundo, impresionante que llegaba de las alturas.

Corrimos hacia la plataforma y contemplamos la escalofriante escena: desde las cumbres, como consecuencia de la explosión, descendían miles de toneladas de nieve y rocas.

Abajo, en el valle, unos cincuenta y cinco jinetes galopaban

desesperadamente en dirección a Kenton.

Pero el alud, impetuoso, .alcanzó a los primeros jinetes, y los sepultó bajo su masa.

Oímos los chillidos escalofriantes de Adela Hardin, al ser engullida bajo toneladas de hielo.

Y luego, al cabo de unos minutos, el valle quedó silencioso. Ni uno solo de los jinetes había salvado su vida.

* * *

El helicóptero de la Policía Montada nos depositó sobre la terraza del hospital general de Sakastoon.

Fuimos reconocidos por dos colegas y aquella misma tarde abandonamos el hospital.

Dos días después nos casamos. Al final de la ceremonia, un notario llamado Waynes se entrevistó con nosotros.

—Enhorabuena, señora Jarvis. Felicidades a ambos. ¿Podríamos hablar durante unos minutos acerca del legado de la señora Lorraine Hardin? —dijo.

Algunos días después, yo entraba en posesión de una nada desdeñable fortuna que se elevaba a tres millones seiscientos mil dólares, deducidos los impuestos.

Dick parece muy animado con la idea de que fundemos una moderna clínica en cualquier lugar de los lagos.

Hemos olvidado pronto los horrores de Kenton Mouth. Todavía nos sentimos maravillados de haber salido indemnes después de haber retado a Satanás.

FIN